



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

EXCAVANDO EL ALMA NACIONAL. LAS
EXPLORACIONES EN TEOTIHUACÁN DE 1905-1910

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN HISTORIA
CON LÍNEA DE FORMACIÓN EN DIDÁCTICA DE LA
HISTORIA

PRESENTA:

MARIANA ORTIZ CORTES

DIRECTORA: DRA. MARÍA ESTHER PÉREZ SALAS

ESTA INVESTIGACIÓN FUE REALIZADA GRACIAS AL
APOYO DEL CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y
TECNOLOGÍA

CIUDAD DE MÉXICO

JUNIO 2023



Agradecimientos

Pon en manos del señor todas tus obras y tus proyectos se cumplirán.

Proverbios 16:3

Fueron tiempos de introspección. Investigué y escribí esta tesis durante la pandemia de COVID-19. Tuve que aprender a escribir en el mismo espacio donde dormía, pues la pandemia no permitió salir. Sin embargo, esta situación me incitó a reflexionar y también descubrí nuevos recursos digitales.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a mi madre, por consolarme y animarme mientras me atacaba la ansiedad, por leer cada apartado de esta tesis. A mi padre por sus recursos y pláticas sobre Teotihuacán. A Rubén Cruz por sus ingeniosos títulos y apoyo incondicional. A Fabián Pérez por prestarme sus libros en tiempos donde las bibliotecas permanecían cerradas, por sus pláticas sobre arqueología. Doy gracias a Dios él ha sido mi guía y mi protector en todo momento.

Agradezco a la doctora María Esther Pérez Salas por guiarme en cada paso de este trabajo, por compartir sus conocimientos y por sus valiosas horas. Al maestro Alfredo Ruiz Islas por su lectura atenta y recomendación bibliográfica. A la doctora Valeria Sánchez Michel por acompañarme en la adaptación de la tesis en la línea de Didáctica de la Historia y por inculcarme la importancia de la docencia.

Gracias a la maestra Alicia Salmerón, desde que la conocí no dudó en apoyarme, por sus observaciones y comentarios durante el seminario de tesis. Gracias a mis compañeros y amigos Alexander Becker, Samantha Marín y Jonathan Moreno por encontrar puntos ciegos en la investigación

Mi más sincera gratitud al Archivo Municipal de San Juan Teotihuacán por su amabilidad y disposición. Gracias al Archivo Técnico de Arqueología por su recomendación bibliográfica y apoyo en la localización del Archivo Personal de Leopoldo Batres el cual fue relevante para esta investigación.

Agradezco a la doctora Guadalupe Villa por sus atenciones y esmero como coordinadora de la licenciatura. Y desde luego, gracias al Instituto Mora por acogerme este tiempo, a sus directivos, investigadores y personal en general, principalmente a la biblioteca y al departamento de servicios escolares.



Índice

Introducción	3
Capítulo I. Estudios, visitas y exploraciones en Teotihuacán	8
I.1 Primeros acercamientos	8
I.2. Novohispano	11
I.3. Los viajeros en el México Independiente	14
I.4. El segundo imperio (1864-1867)	20
I.5. El porfiriato.....	26
Capítulo II. Arqueología, antagonismos y enaltecimientos. Las exploraciones en Teotihuacán (1905-1910) y su relación con el nacionalismo.....	33
II.1. Inicio de excavaciones.....	33
II.2. Los retos del proyecto arqueológico.....	36
II. 2.1. Conflictos locales.....	37
II.2.2. Palas, picos y flachiqueros: el laboratorio arqueológico.....	43
II.2.3. El ferrocarril: el transporte de tierra y escombros.....	51
II.3. Arqueología e identidad.....	56
II.3.1. La historia y la arqueología al servicio de la patria	58
II.3.2. Nacionalismo y arqueología	61
Capítulo III. Los especialistas contra Batres	65
III. 1 Los polemistas.....	65
III. 2 Controversia Batres-Chavero	69
III. 3 Controversia Batres-Gamio.....	75
Conclusiones	84
Hemerografía.....	89
Bibliografía	89

Introducción

La presente investigación se acerca a los inicios de la arqueología mexicana como una disciplina y a los intereses gubernamentales detrás del apoyo a esta ciencia. Se interesa de manera especial en las excavaciones realizadas en la pirámide del sol, entre 1905-1910,¹ proyecto dirigido por el arqueólogo Leopoldo Batres. Los aspectos centrales de esta investigación, más allá del proyecto de Batres mismo, remiten a los descubrimientos realizados, las técnicas empleadas durante la excavación y el personal que realizó el trabajo de descubrimiento. El estudio y valoración de estos aspectos es realizado desde una preocupación por el desarrollo de la arqueología mexicana en aquel tiempo.

Durante siglos, Teotihuacán permaneció en el olvido de los gobiernos, primero novohispanos y luego mexicanos. A pesar de que recibió muchas visitas con fines científicos, fue más el saqueo y la destrucción que sufrió. En 1884 el arqueólogo Leopoldo Batres incursionó por primera vez en el sitio; estas exploraciones fueron realizadas sin el apoyo del gobierno federal. Cuenta la historiadora María del Pilar Iracheta que “Don Leopoldo acudió entonces con su amigo el secretario general del gobierno del Estado de México, don Manuel de la Hoz, y convenció al gobernador, el licenciado José Zubieta, de otorgar el apoyo”.² Durante este primer acercamiento de Batres con Teotihuacán, a pesar del apoyo logrado del gobierno del estado, el arqueólogo tuvo una tensa relación con los campesinos de San Martín de las Pirámides quienes, al sentirse invadidos, se alzaron contra Batres. Este problema lo obligó a suspender las exploraciones en 1886.

A pesar de que las exploraciones de 1884-1886 no continuaron, fueron un parteaguas para futuros proyectos en el sitio, e incidieron para que Leopoldo Batres fuera comisionado para dirigir las excavaciones en 1905-1910. Durante el periodo en que se concibió el proyecto de rescate de los monumentos teotihuacanos como parte de la celebración del centenario de la independencia, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes estaba encabezada por Justo Sierra. Dicha secretaría quedó a cargo de la realización del proyecto de restauración de Teotihuacán. Justo Sierra, en el discurso que pronunció en la sesión inaugural

¹Aunque se conocía de la existencia de dos estructuras piramidales en San Juan Teotihuacán, Batres optó por descubrir solo la pirámide del sol, por sus grandes dimensiones.

² Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 59.

del XVII Congreso Internacional de Americanistas, comparó a Teotihuacán con “una verdadera Pompeya mexicana”.³ La equiparación de las civilizaciones antiguas con la mexicana puso de manifiesto que la actividad arqueológica europea conectaba con la mexicana y que, sin duda, la primera –la europea– se convertiría en referente constante para el desarrollo de la arqueología propia. En palabras de la historiadora Adriana Pérez Soto, llegaban entonces a México “conceptos y premisas venidos de Europa la que se convirtió en proveedora de ideas sobre la antigüedad humana”.⁴ En un ensayo publicado hacia finales del siglo XIX, el historiador Antonio García Cubas había comparado ya las pirámides egipcias con las mexicanas: al hacer ese paralelismo buscó destacar los logros arquitectónicos de las antiguas culturas mexicanas que compartían la maestría egipcia. Justo Sierra –al igual que García Cubas– vería en Teotihuacán, como lo había comentado tiempo atrás con el mecenas francés Duque de Lubat, otro Egipto, otra Pompeya. No dudó en apoyar su descubrimiento.⁵

En 1905, el presidente Porfirio Díaz autorizó la designación de Leopoldo Batres como jefe de la exploración de Teotihuacán. Después de la experiencia 1884-1886 en Teotihuacán se reconocía a Batres como pionero de grandes exploraciones, lo que explica el que se le haya dado una responsabilidad tan importante en 1905. El presidente Díaz puso la siguiente condición para que la pirámide del sol fuera explorada y restaurada: que el monumento quedara habilitado para el acceso al público en septiembre de 1910 y así pudiera formar parte de los festejos del centenario de la independencia. En parte, los descubrimientos en Teotihuacán pudieron realizarse gracias a la estabilidad política y el crecimiento económico logrado durante el gobierno del presidente Porfirio Díaz. Gracias a ello, el proyecto pudo contar con el financiamiento necesario. En este contexto la arqueología mexicana contó con condiciones para conformarse como una disciplina con rigor metodológico, a la par que sus avances se aprovecharon para reforzar un discurso nacionalista que recuperaba un glorioso pasado prehispánico.

³ *Ibid.*, p. 65.

⁴ Pérez Soto, “Arqueología y nacionalismo”, 1999, p. 101.

⁵ Cuenta María del Pilar Iracehta que Justo Sierra, durante un viaje a París, “fue persuadido por el duque de Lubat, un importante mecenas francés de las artes y la arqueología, para exhumar de las entrañas de la tierra lo que el aristócrata consideró una ‘verdadera Pompeya mexicana’”. Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2015, p.15.

Mi estudio se inscribe en el campo de la historia de la ciencia, pues se interesa por indagar en el origen de la arqueología mexicana. La historia de la ciencia está encargada de documentar y explicar el desarrollo histórico de las transformaciones científicas y tecnológicas, que pueden entenderse a partir de rasgos de orden económico, social, cultural, político, religioso, espacial y epistémico.⁶ La historia de la ciencia tiene la capacidad de situarse en un punto específico del desarrollo de determinado conocimiento, a partir de ahí, mirar hacia nuevos postulados que conduzcan a resultados novedosos y cambios de paradigma. Por lo tanto, la historia de la ciencia tiene la posibilidad de revelar procedimientos que repercutan en el avance de la ciencia.⁷

De manera paralela, esta investigación también se inserta dentro de la historia cultural, en tanto asocia el impulso dado a la arqueología durante el porfiriato con la construcción de un discurso nacionalista. Considerando que la historia cultural, como dice Peter Burke, “se centra en [el estudio de] lo simbólico y sus interpretaciones como formas de representación para considerarla una metodología y un enfoque en cualquier tipo de estudios históricos”, sus propuestas resultaron de gran utilidad para explorar los usos de la arqueología y del pasado prehispánico como parte de un esfuerzo para construir una identidad nacional a finales del siglo XIX en México.⁸

Las preguntas que esta investigación se propuso responder se enmarcan en la historia cultural y la historia de la ciencia. A principios del siglo XIX, los franceses enviaron expediciones a vestigios antiguos en Egipto, mientras que en Inglaterra y Estados Unidos se preparaba personal especializado, que innovaba en materia de técnicas de excavación y datación, para ponerlas en práctica en los países donde se estaban realizando descubrimientos de piezas y monumentos antiguos. En la primera mitad del siglo XIX, México recibió exploradores extranjeros con esta formación especializada, quienes concentraron sus actividades en el área maya y aplicaron sus conocimientos, descubrieron templos, los describieron y dibujaron, y también, en algunos casos, los saquearon. En cambio, las exploraciones realizadas por mexicanos en aquellos años fueron escasas, los intelectuales

⁶ Solís, *Historia de la ciencia*, 2003, p. 17.

⁷ *Ibid.*, p. 18.

⁸ Burke, *¿Qué es la historia cultural?*, 2006, p. 32.

realizaban excursiones individuales, sin el apoyo de comisiones ni instituciones. De esta manera, la arqueología mexicana careció de impulso durante gran parte del siglo XIX. Sin embargo, la estabilidad política y el crecimiento económico logrado durante el gobierno del presidente Porfirio Díaz permitió que las excavaciones de vestigios antiguos alcanzaran un cierto desarrollo: la arqueología mexicana comenzó entonces a tomar forma como una disciplina con rigor metodológico. Esto no quiere decir que la arqueología mexicana haya surgido en el porfiriato, si no que en esos años se le impulsó y se le permitió desarrollarse al abrigo de un régimen que logró estabilidad política en el país y con un interés especial en reforzar el proceso de construcción de una identidad nacional. En este contexto me pregunté ¿qué significó la excavación de la pirámide del sol para la conformación de la arqueología mexicana como una disciplina y qué intereses gubernamentales hubo tras el apoyo brindado a esas excavaciones?

Si bien la propuesta central de este proyecto de investigación se enfoca en el desarrollo de la arqueología mexicana, parece difícil entender el tema de manera completa si se deja de lado la posibilidad de considerar esos esfuerzos en favor de una identidad nacional como condición de posibilidad del desarrollo de la disciplina arqueológica en México. En ese sentido, conviene tener presente que el interés por el pasado prehispánico que surgió desde los primeros años de la vida independiente de México caminó, desde entonces, de la mano de un interés por construir una identidad propia de la nueva nación y también para comenzar a proyectarla hacia el exterior. De manera consecuente con ese interés fue que, en 1827, se promulgó la primera ley que protegía las piezas prehispánicas y controlaba las exploraciones, de este modo comenzó a ponerse freno al saqueo de vestigios antiguos.⁹ De todas maneras, habrían de pasar décadas todavía para que comenzaran a hacerse exploraciones sistemáticas propias en el país. Ante esto, retomé la segunda pregunta formulada más arriba para plantear también estas cuestiones: ¿de qué manera el impulso de la arqueología, durante el porfiriato, tuvo como uno de sus motores nutrir la construcción o afianzamiento de una identidad nacional? En particular el trabajo arqueológico de Batres o el apoyo que recibió del gobierno para llevar adelante sus excavaciones, ¿respondía a preocupaciones identitarias?

⁹ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 234.

Esta tesis está dividida en tres partes. En el capítulo I presento un panorama general de las visitas y exploraciones, más representativas, en Teotihuacán. Explico las intervenciones en el sitio, desde que fue abandonado por los teotihuacanos hasta el primer acercamiento de Batres a la ciudad de los dioses en 1884-1886. Esto con el objetivo de comprender cómo fueron cambiando los intereses por el sitio.

En el capítulo II se abordan los trabajos de exploración de 1905-1910, el proceso de selección del lugar, cómo fueron los cinco años de excavación. Además, en este capítulo destaco los retos de la excavación, conflictos con los propietarios, retos de la práctica arqueológica: la falta de personal especializado para excavar y la acumulación de escombros en el sitio. Sin embargo, también trata acerca de la manera en que la excavación en la pirámide del sol contribuyó a la formación de un discurso gubernamental que buscaba presentar la grandeza del país en 1910. Y muestra cómo este discurso se puso de manifiesto en la conmemoración del centenario, desplegada en multitud de actos: inauguraciones de obras públicas, fiestas, banquetes, ceremonias, desfiles, publicaciones de obras conmemorativas, tanto históricas como literarias, discursos, erección de monumentos.¹⁰

Las excavaciones dirigidas por Batres fueron criticadas por arqueólogos de su tiempo y posteriores, unos por considerar que sus interpretaciones eran poco rigurosas, otros por considerar que los medios empleados por él habían perjudicado la estructura original del sitio arqueológico. En especial las excavaciones de Teotihuacán fueron tema polémico por muchos años, acusando a Batres de haber “ocupado dinamita para descubrir la pirámide del sol” y así lograr que el lugar estuviera abierto al público en 1910, a tiempo para los festejos del centenario de la Independencia de México.¹¹ En el capítulo III se destacan los cuestionamientos hechos a su trabajo, por parte del historiador Alfredo Chavero y el arqueólogo Manuel Gamio.

¹⁰ Guedea, “La historia en los centenarios”, 2009, p. 26.

¹¹ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1992, p. 148.

Capítulo I. Estudios, visitas y exploraciones en Teotihuacán

Y los tuyos reedificarán las ruinas antiguas;
levantarás los cimientos de generaciones pasadas.

Isaías 58:12

Desde el colapso de la ciudad, el lugar fue frecuentado con diversos fines: religiosos, científicos, históricos, saqueo, coleccionismo y arqueológicos. Fue visitado por viajeros, frailes, científicos, exploradores, arqueólogos e historiadores. Todas estas visitas fueron importantes para el estudio del lugar, pues gracias a las crónicas y registros pudieron emprenderse excavaciones a gran escala. Este capítulo revisará y analizará los estudios, visitas y exploraciones a Teotihuacán antes de la excavación de 1905-1910.

I.1 Primeros acercamientos

La historia de Teotihuacán comenzó a escribirse a partir del colapso de la ciudad. Las fuentes de tradición indígena abordaron a esta ciudad como un espacio sagrado; en el código *Chimalpopoca*, se menciona que Teotihuacán fue el lugar donde se reunieron los dioses para crear el nuevo sol —quinto sol—, este mito fue recuperado por Fray Bernardino de Sahagún en la obra *Historia general de las cosas de la Nueva España*.¹² De acuerdo con el arqueólogo Roberto Gallegos, las fuentes de tradición indígena se produjeron “conservando de la manera más fiel el pensamiento, los conocimientos y la cosmovisión del mundo mesoamericano anterior a la conquista”.¹³

Cuando ocurrió la conquista los templos de la ciudad de Teotihuacán ya se encontraban invadidos por vegetación y maleza, por lo tanto, los conquistadores no pudieron conocer su esplendor arquitectónico.¹⁴ Durante la época colonial, la manera de visualizar Teotihuacán cambió, de esta forma quedó atrás su carácter sagrado y el interés se enfocó en las

¹² Chimalpopoca, *Códice Chimalpopoca*, 2019, p. 130.

¹³ Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p. 32.

¹⁴ Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 41.

edificaciones y fama de la ciudad. En el primer siglo del periodo virreinal no se realizaron exploraciones con fines científicos, ni de coleccionismo, sin embargo, se registraron descripciones de monumentos y objetos prehispánicos, éstas son referidas en crónicas religiosas. De acuerdo con la historiadora Adriana Pérez Soto, estas crónicas “fueron el primer intento por poner la historia de los pueblos indígenas dentro de los parámetros de la historia universal. El esquema explicativo de las primeras obras históricas sobre el México precolombino fue fundamentalmente religioso”.¹⁵

A pesar de que las descripciones de los frailes demostraban admiración por los monumentos prehispánicos, éstos mostraron inquietud respecto a los vestigios arqueológicos y sobre el simbolismo que estos representaban para la población indígena, pues esto era importante para la evangelización.¹⁶

En las crónicas los frailes denostaron la idolatría que se practicaba en Teotihuacán, sin embargo, no ignoraron el avance cultural de los teotihuacanos, que estaba manifiesto en las construcciones. Fray Juan de Torquemada proporcionó una visión de los edificios que componían la ciudad teotihuacana:

Lo que sabré afirmar en esto, es que estos indios de esta Nueva España tenían dos Templos de grandísima altura y grandeza, edificados a seis leguas de esta Ciudad junto a San Juan Teotihuacán, que le cae a esta ciudad a la parte del norte y dedicados al sol y a la luna, los cuales estaban apartados de poblado y lo están ahora, aunque no en mucha distancia y alrededor de ellos hay otros asientos de otros que pasan de más de dos mil por lo cual se llama aquel lugar Teotihuacán, que quiere decir Lugar de Dioses.¹⁷

Torquemada hace referencia a las pirámides teotihuacanas, a su tamaño, representación y simbolismo. Se interesó por saber el significado de los templos para los indígenas; en su obra, *Monarquía Indiana*, proporcionó argumentos que trataban de reivindicar a la cultura indígena, además, equiparó la religión que practicaban las civilizaciones prehispánicas con todas las religiones paganas de la antigüedad.¹⁸

¹⁵ Pérez, “Arqueología y nacionalismo”, 1999, p.10.

¹⁶ Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p.173.

¹⁷ Torquemada, *Monarquía Indiana*, 1977, p. 54.

¹⁸ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p.45.

La revalorización de las culturas prehispánicas resurgió a finales del siglo XVII y a lo largo del XVIII y fue un proceso vinculado con el interés de los criollos, que buscaban una identidad de raza y clase, con una mirada al pasado indígena.¹⁹ Varios intelectuales novohispanos utilizaron las antigüedades para reivindicar a la Nueva España frente al desprecio de los escritores europeos. La reivindicación del pasado prehispánico tuvo como objetivo rescatar y preservar los restos de las culturas antiguas, que se constituyó en una fuente de identidad criolla; el máximo representante de esta revalorización fue Carlos Sigüenza y Góngora, criollo, escritor, cosmógrafo, novelista. Sigüenza tenía el deseo de exaltar la herencia precolombina y española, y lograr entrelazarlas.

Los jesuitas y sus discípulos, entre ellos Sigüenza y Francisco Javier Clavijero, transformaron el pasado indígena en una época equiparable a la antigüedad clásica. En este contexto marcado por el orgullo criollo, la búsqueda del pasado teotihuacano se mostró a partir de 1675, cuando Sigüenza realizó algunas excavaciones en las pirámides de la ciudad de los dioses.²⁰

El arqueólogo Ignacio Bernal —pionero en historia de la arqueología en México— denominó los trabajos de exploración en Teotihuacán realizados por Sigüenza como la primera excavación oficial en América.²¹ “En primer lugar lleva a cabo la primera exploración francamente arqueológica, en la que trata de utilizar un monumento para esclarecer algún problema histórico”.²²

La exploración de Teotihuacán formó parte del proyecto que buscaba encontrar las raíces prehispánicas. En esta ocasión, Sigüenza hizo excavaciones en las inmediaciones de la “Pirámide de la Luna, intentando establecer una conexión entre Quetzalcóatl y santo Tomás de Aquino”.²³ Además de la exploración que Sigüenza realizó en la pirámide de la luna, éste excavó un túnel.²⁴ Brantz Mayer, William Holmes, Alexander Von Humboldt y

¹⁹ Delgado, “Teotihuacán: problemas”, 2008, p.72.

²⁰ Guerrero, *Los jesuitas y la construcción*, 2012, p. 87.

²¹ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 47.

²² *Ibid.*, 48.

²³ *Ibid.*, p.50.

²⁴ El túnel permaneció intacto hasta el siglo XX, y al ignorarse de qué se trataba, fue cubierto en 1924.

Antonio García Cubas afirmaron que el túnel que había excavado Sigüenza estaba en la pirámide de la luna, y lo habían podido visitar (excepto Humboldt).²⁵

I.2. Novohispano

La curiosidad por los vestigios arqueológicos, tanto en Europa como en la Nueva España, fue aumentando, esto atrajo a exploradores extranjeros. Las apreciaciones de Sigüenza y Góngora perduraron en los trabajos de los viajeros. Por ejemplo, el italiano Giovanni Francesco Gemelli Careri plasmó su impresión sobre Teotihuacán en su obra *Giro del Mondo*. A finales del siglo XVII, Gemelli realizó una descripción sobre las pirámides del Sol y de la Luna, y las comparó con las de Egipto:

Vimos primeramente la llamada de la Luna, situada al septentrión, dos de cuyos lados medían doscientas varas españolas, que son cerca de seiscientos cincuenta palmos, y los otros dos lados ciento cincuenta varas. No teníamos instrumentos para tomar la altura, pero, por lo que pude juzgar, era de doscientos palmos. A decir verdad, no era más que un montón de tierra hecho a gradas, como las pirámides de Egipto, pero las de Egipto son de piedra dura.²⁶

Gemelli hizo un paralelismo de la pirámide de la luna con las pirámides de Egipto, pues tuvo que compararla con algo conocido para sus lectores. En esta descripción de Teotihuacán, el viajero italiano trató de responder a qué cultura podría atribuirse la construcción de las pirámides. Después de la conquista, todos los sucesos fueron abordados a través de la Biblia y las tribus de Israel, sin embargo, Gemelli buscó alternativas que pudieran ser explicadas con las culturas europeas, asiáticas o la presencia de la Atlántida.²⁷

El viajero italiano mostró gran interés por el pasado prehispánico, y lo manifestó en sus visitas que realizó a diversos lugares, con el objetivo de corroborar la existencia de los vestigios prehispánicos. Además de las pirámides teotihuacanas, Gemelli visitó San Ángel,

²⁵ Schávelzon, “La primera excavación”, 1983, p. 124.

²⁶ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 154.

²⁷ *Ibid.*, p. 157.

en el cual describió un monte de ídolos; también Tlatelolco y el colegio de San Idelfonso, donde encontró, al oriente del edificio, piedras labradas.²⁸

Otro viajero que puso su mirada en Teotihuacán fue Lorenzo Boturini. Este llegó a la Nueva España en 1736, diez años más tarde de la publicación de su obra *Idea de una nueva Historia General de la América septentrional*, dedicada al rey Felipe V, quien lo nombró historiógrafo de las Indias.²⁹ El interés de Boturini por el pasado prehispánico es importante, pues logró recabar documentos antiguos y en su obra incluyó a los pueblos americanos dentro de la historia universal y proporcionó una periodización, esto significó “uno de los primeros intentos por tratar de ubicar cronológicamente a las sociedades antiguas”.³⁰

Finalmente, Guillermo Dupaix y el barón Alexander Von Humboldt cerraron la actividad de visitas y reconocimientos a los sitios arqueológicos a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Una de las aportaciones a la arqueología americana por parte del barón Alexander Von Humboldt fue despertar el interés de los estudiosos europeos en los monumentos y objetos prehispánicos. En su obra *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Alexander Von Humboldt comparó las pirámides teotihuacanas con las de Egipto:

El grupo de las pirámides de Teotihuacán se levanta en el valle de Méjico, al Nordeste de la capital y a 8 leguas de distancia de la misma, en una llanura que se llama micoatl o Camino de los Muertos. Existen aún dos grandes en el grupo, dedicadas al Sol (Tonatiuh) y a la Luna (Meztli), y muchas otras pequeñas que rodean a las anteriores formando calles exactamente 9 dirigidas de Norte a Sur y de Este a Oeste.³¹

Humboldt rompió con viejas ideas: mientras que para sus antecesores las pirámides solo se mostraban como cerros labrados y recubiertos, el barón postuló la idea de una edificación más compleja, aunque señaló que era imposible indagar en la estructura interna de las pirámides.³² De manera paralela, Humboldt mantuvo fidelidad a algunas ideas: la incesante analogía de las construcciones teotihuacanas con las de Egipto y

²⁸ *Ibid.*, p. 160.

²⁹ Boturini, *Idea de la Nueva España*, 2008, p. 23.

³⁰ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 161.

³¹ Humboldt, *Sitios de las cordilleras*, 1985, p. 91.

³² Matos, “Teotihuacán”, 2012, p.158.

Babilonia, aunada a la certeza de su origen tolteca. Esto no era un asunto que pudiera dudarse, en esos momentos esas propuestas eran verdades casi talmúdicas.³³

Humboldt trajo a colación una discusión existente sobre la autenticidad de los monumentos teotihuacanos; existía la duda de si habían sido “enteramente contruidos por mano del hombre o los toltecas se aprovecharon de alguna colina natural y la revistieron de piedra y cal”.³⁴ La misma duda se tenía sobre las pirámides de Gizah y Sajarah. Humboldt lamentaba que las pirámides teotihuacanas no hubieran podido ser horadadas por su diámetro, esto hacía imposible conocer su estructura.³⁵

A partir del siglo XVIII, los hallazgos arqueológicos se convirtieron en un asunto casi cotidiano; la ilustración había recorrido gran parte del territorio novohispano, y el orgullo criollo se enfrentó a un nuevo reto: la publicación de libros sobre los nuevos descubrimientos. A mediados del siglo XVIII, Antonio de Solís y Joseph Calderón se adentraron a Palenque, y unas décadas después, José Antonio Alzate publicó su descripción de Xochicalco en la *Gaceta de México*; años más tarde se descubrieron la Coatlicue y la piedra del sol. Pese a estos logros, el afán de los novohispanos no solo estaba marcado por el orgullo criollo o el reto de publicación, en ellos existía una exigencia que fue expresada por Alzate: “la conservación de las antigüedades es una de las máximas de todo gobierno”.³⁶

A pesar de la importancia de los trabajos de Boturini y las descripciones de Gemelli Careri, el punto de culminación del orgullo criollo y la ilustración fue la obra *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero. Este libro fue escrito desde el exilio al que Carlos II condenó a los jesuitas. Clavijero propuso que “Teotihuacán no había sido construida por los olmecas y tampoco fue edificada por los atlantes platónicos, pues los toltecas eran los creadores de las pirámides y esto lo habían hecho en honor a su favorito dios Quetzalcóatl”.³⁷ A Clavijero se le atribuye el surgimiento de la imagen de los teotihuacanos como pueblo pacífico y consagrado a los dioses, pues en su *Historia antigua*

³³ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979. P. 50.

³⁴ Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p.175.

³⁵ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p.51.

³⁶ López Luján, *El capitán Guillermo*, 2015, p.27.

³⁷ Clavijero, *Historia antigua*, 1987, p.27.

el jesuita describe que cada uno de los templos de la ciudad estaba custodiado por sacerdotes que llevaban una vida austera.³⁸ Sin embargo, Clavijero aseguró que en la cúspide de las pirámides del sol y la luna se encontraban ídolos cubiertos de oro, una afirmación desmentida en el siglo XIX, cuando se descubrió que este metal jamás se trabajó en la Ciudad de los dioses.

I.3. Los viajeros en el México Independiente

Desde el comienzo de la guerra de independencia hasta la primera mitad del siglo XIX, tuvieron lugar pocas exploraciones, sin embargo, el interés de los investigadores por la arqueología y monumentos teotihuacanos no decayó. En este periodo aparecieron sociedades científicas e instituciones dedicadas a difundir los trabajos arqueológicos. La consumación de la independencia no solo abrió las puertas a nuevos extranjeros, viajeros y exploradores, también los mexicanos jugaron un rol importante en nuevos proyectos sobre los vestigios de las culturas antiguas y se adentraron a los sitios prehispánicos con intereses científicos, arqueológicos o históricos.

En el transcurso de la primera mitad del siglo XIX, los vestigios teotihuacanos fueron cubiertos por la maleza y olvidados por parte de la población mexicana, mas no por los viajeros, científicos e historiadores. La existencia de las pirámides de Teotihuacán era importante para extranjeros como Brantz Mayer y Émile Chabrand, que habían leído las obras de Humboldt. El pasado prehispánico tampoco fue olvidado por las elites que buscaron crear una identidad propia para la nueva nación mexicana.

Efectivamente, el México independiente volteó la mirada al pasado prehispánico y apeló a leyendas e imágenes prehispánicas como símbolos identitarios para dar fundamento a la identidad del nuevo país. Fue el caso, por ejemplo, de la incorporación del águila parada sobre el nopal, mito fundador de la capital mexicana, en la bandera y el escudo nacional. La bandera que portaba el ejército Trigarante, cuando entró a la Ciudad de México, tenía los colores blanco, verde y rojo en franjas diagonales, con una estrella en cada una de estas y

⁴² *Ibid.*, p. 284.

otra en el centro. Sin embargo, uno de los primeros decretos de Agustín de Iturbide fue conservar los tres colores, pero en forma vertical “colocando el blanco en medio con el águila de perfil portando una corona imperial parada sobre el nopal, tal como lo menciona la leyenda de la fundación de Tenochtitlán”.³⁹ Acudir a los elementos prehispánicos obedeció a la necesidad de establecer un vínculo con el pasado que justificara, de alguna manera, en términos identitarios, la ruptura con la metrópoli española: acudir a lo prehispánico para anteponerlo a lo peninsular.

Por otro lado, también se tomaron las primeras disposiciones a favor de la creación de un museo, es decir, de un lugar en donde se depositaran algunos de los vestigios de la antigüedad prehispánica. En 1822 Iturbide ordenó crear, dentro de la Universidad Pontificia, un conservatorio que reuniera ejemplares de historia natural y objetos prehispánicos, y en ese mismo año se formó la “Junta de Antigüedades y se designó a Ignacio de Cubas para la formación del museo”.⁴⁰

La independencia de México abrió las puertas del país a visitantes extranjeros. Por ejemplo, de Inglaterra llegó el naturalista y anticuario inglés William Bullock, quien desembarcó en el puerto de Veracruz el 2 de marzo de 1823.⁴¹ Abrirse camino para realizar sus estudios fue, en un principio, complicado, pues traía cartas de presentación para los ministros de Iturbide, cuando este último ya no estaba al frente del gobierno al momento del arribo al país del estudioso inglés. Pero Bullock se entrevistó con el general Santa Anna y éste le extendió un “pasaporte para la capital del país, después de enterarse que los fines que perseguía el visitante eran de carácter científico”.⁴²

En 1823, luego de su estancia en México, William Bullock publicó su libro *Seis meses de residencia y viajes en México*. Sin embargo, esta obra, ilustrada por Samuel Howit –ilustrador y grabador inglés–, solo era un antecedente de su exposición montada en el Egyptian Hall Picadilly, en la cual Bullock presentó una exhibición de piezas prehispánicas, por primera vez en Europa. La muestra estaba compuesta por piezas originales y otras

³⁹Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 271.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 276.

⁴¹ *Ibid.*, p. 283.

⁴² *Ibid.*, p. 284.

reproducciones, que se obtuvieron gracias a moldes que se tomaron en la Ciudad de México. El catálogo de la exposición se publicó en Londres con el título: *A Description of the Unique Exhibition Called Ancient Mexico* y, entre sus litografías, destacaba una de Teotihuacán.

Bullock dividió la exposición en dos partes, una dedicada al México antiguo y otra al México moderno. En esta última se presentaron animales disecados, plantas, minerales, vestimentas, artesanías, una choza y, además, se hizo acompañar de un indígena para mostrarlo en la exposición.⁴³ En lo que respecta a las culturas antiguas de México realizó moldes de yeso de algunas piezas que consideró significativas, entre ellas, la piedra del Sol y la piedra de Tizoc. Ambas piezas se encontraban en la base de la torre poniente de la catedral de la Ciudad de México, por ello solicitó permiso a Lucas Alamán, encargado de las piezas prehispánicas del Museo de Antigüedades e Historia Natural, así como a las autoridades eclesiásticas, para que le permitieran obtener la copia de yeso de dichos monumentos prehispánicos.

La exposición en el Egyptian Hall Piccadilly significó para México una oportunidad de mostrarse en el extranjero. Lo que se presentó era distinto a los cánones de belleza estética que imperaban en el momento, en Europa, era más semejante a lo exótico, sin embargo, resultó reveladora la reacción que provocó en el público europeo. Esta fue la primera vez que se realizó una exposición fuera del país con la anuencia del gobierno mexicano para dar a conocer la cultura antigua del país.

A mediados de 1823 Bullock realizó exploraciones en Teotihuacán, el viajero inglés escribió su aventura en la ciudad de los dioses y lo difícil que fue para él dar con la ubicación de las pirámides:

A pesar de tener en mis manos esta descripción minuciosa sobre las pirámides no pude obtener ningún dato sobre ellas en México. Algunas de las personas mejor informadas las habían oído mencionar, pero suponían que Humboldt había sido engañado y que su descripción se basó en rumores de personas que ni siquiera las conocían y no fue sino hasta el final del segundo día de viaje, cuando nos encontramos frente a estas montañas creadas por el hombre. Primero visitamos la de la Luna, cuyos lados están bastante mutilados y destruidos. A una media milla de la pirámide de la Luna se encuentra la del

⁴² *Ibid.*, p. 284.

Sol, apenas un poco más pequeña que la que está cerca de El Cairo y entre esta y en la que estábamos parados.⁴⁴

Cuando Bullock visitó Teotihuacán, las pirámides estaban cubiertas de vegetación, pocas personas conocían de la existencia de estas y eran confundidas con cerros. Los interesados en visitar la ciudad antigua eran viajeros y exploradores que habían leído las obras de Humboldt. Las ideas de Bullock sobre la ciudad de los dioses quedaron plasmadas en su obra, éste hacía eco de las semejanzas que existían entre las antigüedades de México y las de Egipto. Pero no solo esto, sino que, a diferencia de Humboldt quien detuvo su descripción ante la falta de pruebas empíricas, Bullock trató de explicar la estructura de las pirámides teotihuacanas y propuso que “sus núcleos están compuestos de arcilla mezclada con piedras pequeñas”.⁴⁵

La exposición y los trabajos de Bullock no fueron los únicos, el coleccionismo de antigüedades prehispánicas comenzaba a imponerse como auténtica moda. De esta manera, entre 1828 y 1830, Joel R. Poinsett, primer embajador norteamericano en México, también hizo lo suyo, como miembro de la American Philosophical Society –una institución que fue creada por Benjamín Franklin– reunió una colección de piezas prehispánicas que contenía varias cabecitas supuestamente teotihuacanas, las cuales terminaron formando parte del acervo del Museo de Filadelfia.⁴⁶

La colección de Poinsett, según un inventario de 1830, incluía “200 muestras de minerales, nueve figuras de piedra, siete máscaras de rostros humanos, bellamente labradas en alabastro y verde antiguo, máscaras de cerámica, una amplia gama de cerámica y varios cientos de cabezas y figurillas de barro, así como ornamentos de oro procedentes de una tumba”.⁴⁷ Los objetos provenían de “la Ciudad de México, las planicies colindantes con las pirámides de San Juan Teotihuacán, Cholula, Tescuco e isla de los sacrificios”.⁴⁸

La colección de Poinsett fue registrada en su obra *Notas de México*, ilustrada por, el pintor alemán, Maximilian Franck entre 1829 y 1830; éste dibujó “120 objetos de la

⁴⁴ Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 48.

⁴⁵ Bullock, *Catálogo*, 1997, p. 33.

⁴⁶ Walsh, “Máscaras teotihuacanas”, 2003, p. 64

⁴⁷ *Ibid.*, p.65.

⁴² *Ibid.*, p. 284.

colección de Poinsett, casi la mitad estaba compuesta por cabecitas, casi todas ellas teotihuacanas”.⁴⁹ Más allá del interés filosófico del norteamericano, la colección de Poinsett revela que es muy probable que varias de sus piezas fueron falsificaciones realizadas por los indígenas de San Juan Teotihuacán quienes, ante las visitas frecuentes de viajeros interesados en el lugar, “encontraron un mercado para vender sus creaciones o, en el mejor de los casos, esas piezas teotihuacanas fueron obra de alfareros aztecas que seguían los cánones de la ciudad de los dioses”.⁵⁰

Otro visitante, impulsado por el coleccionismo, Isidore Löwenstern, caballero de la orden hospitalaria, militar del Santo sepulcro y miembro de la Sociedad Geográfica y Etnográfica de París; éste llegó a México en 1838 “aficionado por las antigüedades, anhelaba el momento de recorrer esa parte de América que era tan señalada por los hechos de los españoles, por los pueblos indígenas que allí encontraron y cuyo origen desconocido ofrecía un campo tan vasto a las investigaciones”.⁵¹

La estancia de este viajero se extendió a lo largo de 11 meses, pero lo sustancial de su viaje se situó en los primeros meses de 1838. En su viaje a lo largo del territorio pueden distinguirse tres etapas: a) su llegada a México (por Veracruz), y su viaje a la capital, b) su estancia en la Ciudad de México y recorridos a algunos puntos cercanos entre ellos la ciudad de los dioses, c) su viaje hacia Mazatlán y salida del país.⁵²

La obra de Löwenstern, *México. Memorias de un viajero*, tiene algunas páginas sobre Teotihuacán, donde abundaron los paralelismos con los egipcios:

Entre los mexicanos se han hallado conocimientos ignorados por otras naciones de América que ofrecen cierta analogía con los de los antiguos egipcios, como un calendario, una mitología, una suerte de los caracteres jeroglíficos y hasta un papel vegetal para representarlos. Incluso hoy en día existe una notable similitud entre los materiales y formas de las viviendas y las del moderno Egipto.⁵³

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ Löwenstern, “Prólogo”, 2012, p. 19.

⁵² *Ibid.*, p. 24.

⁵³ *Ibid.*, p. 32.

La insistencia en la similitud del conocimiento prehispánico con el egipcio molestó a los liberales mexicanos, pero mucho más les incomodó que Löwenstern menospreciara sus esfuerzos por apropiarse de las civilizaciones antiguas y presentarlas como sus raíces nacionales. Porque, en efecto, Löwenstern decía que “en ningún otro país podría concebirse una indiferencia tan asombrosa por no divulgar nada referente a su antigua historia”.⁵⁴ Lo que el austriaco parecía ignorar era que un país marcado por la guerra civil y ensombrecido por las intervenciones extranjeras muy poco podía hacer para ir en busca del pasado. Durante la primera mitad del siglo XIX la mayoría de los afanes públicos no llegaron muy lejos, salvo los esfuerzos que emprendió Lucas Alamán para la creación del primer museo. La violencia siempre mantenía a la Hacienda Pública en números rojos y la vida de los hombres de letras oscilaba en las armas y la tribuna.

Sin embargo, desde mediados del siglo XIX, y a pesar de las diversas dificultades que enfrentaba el país, la búsqueda del pasado prehispánico se reanudó con cierta fuerza. En buena parte de las ocasiones estos afanes corrieron por cuenta de extranjeros, aunque también hubo esfuerzos de estudiosos mexicanos. Así, el arqueólogo francés Charles Etienne publicó la *Relación de las cosas de Yucatán*, de Fray Diego de Landa, y la versión quiché del *Popol Vuh* y Brantz Mayer –uno de los autores estadounidenses más prolíficos en los asuntos mexicanos– editó un plano de la ciudad de los dioses, pero el estudioso mexicano Fernando Ramírez dio a la imprenta, por su parte, la *Tira de la peregrinación la nueva España*, de Diego de Durán.

Los exploradores de la primera mitad del siglo XIX se acercaron a los vestigios prehispánicos y los valoraron, pero su motivación principal no era el estudio sistemático de la cultura de los pueblos antiguos y el conocimiento de su ciencia y técnicas. Más bien, sus exploraciones estaban inspiradas por el coleccionismo. El coleccionismo es un antecedente de la arqueología disciplinar, pero consistió más en acumular objetos antiguos que en su estudio y dio pie al traslado fuera del país de algunas de sus piezas prehispánicas, este acto fue permitido en México hasta mediados del siglo XIX, pero después se prohibió la exportación de cualquier material arqueológico del país. El coleccionismo fue una práctica fundamental para conformar los acervos de los museos de distintos países: permitió reunir

⁵⁴ *Ibid.*, p. 159.

antigüedades, artesanías, objetos que eran considerados exóticos. Así fue como vestigios prehispánicos acabaron en museos extranjeros, como las cabecitas teotihuacanas que reunió Joel R. Poinsett y que acabaron por formar parte del Museo de Filadelfia. Pero esta no fue la suerte de la mayoría de las piezas que eran recolectadas por visitantes y exploradores, las cuales pasaron a formar parte de colecciones privadas.

Los extranjeros que visitaron Teotihuacán lo hicieron por influencia de Humboldt, quien en sus obras hizo mención sobre el lugar, después estos exploradores harían la misma labor y atraerían a más visitantes. Sus descripciones de las dos pirámides de la ciudad de los dioses y comparaciones con la altura e imponentia de las de Egipto llamarían la atención de nuevos estudiosos de las culturas antiguas.

I.4. El segundo imperio (1864-1867)

A escaso medio siglo de promulgada la independencia de México, en 1863, en medio de una crisis hacendaria profunda, el gobierno nacional encabezado por Benito Juárez declaró la suspensión del pago de la deuda externa. En respuesta violenta a esta suspensión, una de las potencias extranjeras afectada, la Francia de Napoleón III, invadió el país y provocó un vuelco radical de la política nacional: el gobierno republicano fue desplazado en favor de una monarquía que encabezó el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo. Este monarca estuvo al frente del gobierno de México de 1864 a 1867, en que fue derrocado por los republicanos; ese periodo es el conocido como el Segundo imperio mexicano que tuvo un significado muy especial para la arqueología mexicana.⁵⁵

Durante el segundo imperio se llevó a cabo uno de los esfuerzos más interesantes para la comprensión del pasado prehispánico. Pese al estado de guerra y las dificultades económicas, el emperador Maximiliano de Habsburgo estaba interesado en apoyar las exploraciones de ruinas prehispánicas. Sí Napoleón Bonaparte había auspiciado las exploraciones en Egipto, Maximiliano podría hacer lo mismo en México. De esta manera, en 1864 el ministro de Fomento Imperial, el ingeniero José Salazar Ibarregui, “otorgó 12,500

⁵⁵ El primer imperio mexicano fue el encabezado por Agustín de Iturbide en 1821.

pesos a un grupo de investigadores para que dieran razón y cuenta de las peculiaridades de la región con el fin de promover la industria el comercio y las comunicaciones”.⁵⁶ En este contexto surgió la Comisión Científica de Pachuca, dirigida por el ingeniero Ramón Almaraz. A pesar de que el panorama parecía complicado, resultó un buen momento para el desarrollo de la ciencia y el intercambio de conocimientos entre mexicanos y europeos, Almaraz y otros intelectuales estaban interesados en profesionalizar el trabajo científico.

La Comisión Científica de Pachuca fue un proyecto de ingenieros mexicanos y especialistas franceses, que tenía la intención de conocer el territorio y sus recursos, además de elaborar una carta geográfica exacta. El trabajo de la Comisión puede dividirse en tres secciones: topografía, minas e historia natural, y buscaba dar continuidad a los trabajos de investigadores que los habían precedido, utilizar herramientas y conocimientos científicos. Además de los intereses estrictamente geográficos y económicos, sus integrantes también se dedicaron a la investigación arqueológica, y en 1864 se adentraron en Teotihuacán.⁵⁷

La comisión científica de Pachuca fue la primera en utilizar aparatos de precisión para “trazar un mapa casi perfecto del corazón de la urbe prehispánica: la calzada de los muertos y los grandes complejos arquitectónicos”.⁵⁸ Además realizaron algunas excavaciones que quedaron registradas en *Memoria y trabajos realizados por la comisión histórica de Pachuca*. Los resultados de las exploraciones revelaron el estado en el que permanecían las pirámides:

Las dos pirámides tienen la base cuadrangular, están truncadas, y son, propiamente hablando, dos trozos de pirámide. El tiempo, la intemperie y la mano del hombre, las han destrozado por todas partes: esto y vegetación que sobre ellas crece, han ocasionado el derrumbe del material del que estaban hechos, han aplanado las aristas y han dado por resultado, que, perdiendo su forma primitiva, aparezcan a primera vista más bien como unos pequeños cerros naturales, que como monumentos levantados por la mano del hombre.⁵⁹

Aunque la Comisión Científica de Pachuca se abstuvo de plantear hipótesis sobre el origen de Teotihuacán y el uso de los materiales, sí se dedicó a conocer las dimensiones,

⁵⁶ Almaraz, *Memoria de los trabajos*, 2014, p. 154.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 32.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 162.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 450.

estructura y a describir las características y el estado en el que se encontraban los monumentos, que habían sido interferidos por las exploraciones anteriores y estaban descuidados y cubiertos con vegetación.⁶⁰

Las investigaciones arqueológicas realizadas por la Comisión constituyen parte del desarrollo de la arqueología como disciplina en México. Schávelzon opina que la Comisión fue un equipo “formado por lo mejor de la ciencia francesa de su tiempo, y apoyado por buenos investigadores locales, permitió que por primera vez se juntaran en un país de América Latina el apoyo oficial de la arqueología, se hicieran extensos recorridos de campo, se excavara, crearan museos e instituciones y se establecieran métodos de trabajo”.⁶¹ La importancia de los estudios realizados en la ciudad de los dioses por la Comisión radica en que por primera vez se utilizaron instrumentos de medición y se siguiera un método de trabajo sistemático.

A pesar de que Almaraz advirtió que no era su intención realizar excavaciones en Teotihuacán, abrió un pequeño montículo donde encontró: “cuatro paredes cortándose en ángulos rectos y formando un cuadrado, inclinadas y dentro se encuentran unos escalones que le son paralelos; en la parte superior de estos nacen otras cuatro paredes igualmente inclinadas, conteniendo un pequeño cuarto”.⁶² Es decir que Almaraz se adentró en el estudio de la estructura interior de la pirámide con mayor precisión que lo hecho en tiempos anteriores; también estudió el modelo de medición o unidad lineal de los pueblos constructores de los monumentos de Teotihuacán, fijándola en 80 cm.⁶³

Al concluir la guerra de intervención francesa, las autoridades prefirieron olvidar este proyecto, sin embargo, durante el tiempo en el que trabajó la Comisión se logró publicar en tres volúmenes los documentos recabados y resultados de sus investigaciones. El resto de los documentos y objetos fueron entregados a “las autoridades imperiales y se encuentran ahora

⁶⁰ *Ibid.*, p.453.

⁶¹ Schávelzon, “La Comisión científica” ,2011, p. 33.

⁶² Almaraz, *Memoria de los trabajos*, 2014, p. 454.

⁶³ *Ibid.*, p. 455.

en los Archivos Nacionales de Francia, y otros se entregaron al Museo Nacional de Historia Natural de París”.⁶⁴

Otro proyecto semejante impulsado por el segundo imperio fue la Commission Scientifique du Mexique, la cual operó entre 1864 y 1867. La idea de crear una Comisión Científica Francesa en México surgió en 1863, cuando se publicó en Francia un libro sobre el país: *México antiguo y moderno*, cuyo autor fue el ingeniero, economista y político francés Michel Chevalier. Cuando se implantó el imperio de Maximiliano en México, Chevalier, quien era senador en ese momento, debatió en el Congreso a favor de la formación de una expedición en México similar a la que había realizado Napoleón Bonaparte en Egipto.⁶⁵

Cuando la Commission Scientifique du Mexique se estableció en el país, invitó a funcionarios del gobierno y miembros de la comunidad científica mexicana a pertenecer a la recién creada institución. Los primeros en aceptar la invitación fueron “Joaquín Velázquez de León, quien era ministro de Estado del Imperio Mexicano, e Ignacio Ramírez, ministro de Relaciones Exteriores del mismo”.⁶⁶ También se integraron miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística como “Antonio del Castillo, Francisco Jiménez, Francisco Pimentel, Antonio García Cubas, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Gabino Barreda”.⁶⁷

La Comisión estaba compuesta por dos secciones, la de Ciencias Naturales y Médicas e Historia, Lingüística y Arqueología. Un miembro destacado de esta comisión fue el abate Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, quien llegó a México en 1841, visitó Tehuantepec, Chiapas, Guatemala y Yucatán. En 1851 publicó *Cartas para la introducción a la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América septentrional*. Otra de sus aportaciones fueron las publicaciones de la *Historia General de las cosas de Yucatán*, del franciscano Fray Diego de Landa —esta obra estaba inédita— y el texto original del Popol Vuh (1861). La labor de Brasseur fue concebida por Bernal como “un popurrí de ideas sentadas, gran erudición, teorías absurdas, fantasías sin base y pruebas que no lo son”.⁶⁸ La crítica de Bernal

⁶⁴ García Bravo, “Mas allá de los archivos”, p. 78.

⁶⁵ Maldonado Koerdell, “La Commission Scientifique du Mexique”, 1964, p. 239.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 240.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 239.

⁶⁸ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 98.

es fuerte, sin embargo, fue un estudioso interesado por el pasado prehispánico de México que dejó testimonio de sus observaciones.

Por otra parte, otro miembro destacado de la Comisión fue Manuel Orozco y Berra, quien en dos ocasiones fue director del Museo Nacional, y sucedió en el cargo a José Fernando Ramírez. Entre sus obras destacadas está *Noticias de la Ciudad de México e Historia antigua y de la Conquista de México*, en esta última conjunta la información que existe, tanto histórica como arqueológica sobre el tema.

La Comisión Scientifique du Mexique se encargó de realizar investigaciones geográficas, geológicas y arqueológicas. Uno de los aportes en el ámbito arqueológico fueron los trabajos ejecutados en Teotihuacán, en este sitio investigaron la pirámide del sol y la luna, la Ciudadela e ídolos. Sobre la pirámide del sol la Comisión destacó:

Es un trozo de pirámide cuadrangular, el lado mayor tiene de N. a S. doscientos treinta y dos metros, y de E. a O. doscientos veinticuatro metros; la superficie de su base inferior resulta de cincuenta y un mil novecientos sesenta y ocho metros cuadrados; su altura son sesenta y dos metros; el volumen o solidez es igual a un millón cuatrocientos mil setecientos treinta y seis metros cúbicos.⁶⁹

La Comisión Scientifique du Mexique no realizó hipótesis sobre el origen del lugar o habitantes, sin embargo, uno de sus aportes fue proporcionar las dimensiones de la pirámide del sol. La Comisión se retiró de México junto con las tropas francesas en mayo de 1867. Muchos proyectos quedaron inconclusos, pero sus trabajos fueron publicados en tres volúmenes en París, entre los años 1865 y 1867, estos fueron los *Archives de la Commission Scientifique du Mexique*, y en ellos incluyeron los resultados de investigación, acuerdos, correspondencia, decretos, informes y demás documentos relativos a las actividades de la corporación científica.⁷⁰

Durante el segundo imperio, con Maximiliano de Habsburgo al frente, se implantó un proyecto cultural que incluyó la preservación del patrimonio arqueológico. De esta manera, durante este periodo se realizó la primera exploración sistemática de Teotihuacán, una exploración pionera en el estudio formal de las ruinas. Esta se llevó a cabo por la Comisión

⁶⁹ Maldonado Koerdell, “La Commission Scientifique du Mexique”, 1964, p. 242.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 243.

Científica de Pachuca y la *Commission Scientifique du Mexique*. Entre otras actividades, se determinaron las coordenadas geográficas de las dos pirámides y de la Ciudadela, también se determinó la orientación de las pirámides y se identificaron sus medidas, y con estas se realizaron planos del sitio.

Además de las comisiones científicas fundadas en este periodo, Maximiliano de Habsburgo tuvo una participación destacada con el establecimiento del Museo Nacional en la Casa de La Moneda, que incluyó un rescate arqueológico. Fue tal el interés del emperador por las colecciones prehispánicas que pidió que se le informara “sobre documentos históricos existentes en el museo; que se remita a su presupuesto y se piden datos acerca del Museo para enterar a su majestad del estado que guardan los ramos de la Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación”.⁷¹ Maximiliano determinó que las colecciones necesitaban un recinto propio, por ello, el 4 de diciembre de 1865 se expidió un decreto para establecer un museo público de Historia Natural, Arqueología e Historia a un costado de Palacio Nacional. En este museo se expuso la ubicación, la clasificación de las colecciones y el apoyo que brindó el gobierno —gastos de instalación, conservación y fomento—.⁷²

Además de Maximiliano, también la emperatriz Carlota, su esposa, mostró interés por el pasado antiguo de México. Esto quedó manifiesto en algunas cartas personales que la emperatriz envió a su esposo, por ejemplo, la fechada el 25 de agosto de 1864, en la que comentó que fue a visitar el Museo Nacional acompañada de José Fernando Ramírez. El 22 de abril de 1865 le contó sobre su visita a Teotihuacán, en la que destacó su asombro ante las pirámides:

Ayer estuve en Teotihuacán y vi las asombrosas ruinas, las pirámides son casi tan notables y colosales como las de Egipto, subimos a la gran pirámide del sol; desde lo alto se tiene una visión maravillosa infinitamente extensa. Hoy en la mañana subí otra vez a la pirámide con Ramírez para contemplar la salida del sol, un espectáculo espléndido. Hace 10 años que goce del mismo momento emocionante en la pirámide de Keops en Egipto.⁷³

⁷¹ Castillo, *El Museo Nacional*, 1924, p. 24.

⁷² Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 395.

⁷³ *Ibid.*, p. 396.

Otro aspecto que atendió el segundo imperio fue el relativo a la protección de monumentos. Por ejemplo, el 24 de noviembre de 1864, tras una visita de la emperatriz Carlota a Uxmal vio que se estaban llevando a cabo muchas excavaciones en la zona y estas podrían resultar en la pérdida de vestigios; por esta razón Maximiliano decretó que en Yucatán se hicieran exploraciones, pero que era importante que se conservaran parte de lo que se encontrara en ellas. El decreto decía literalmente “que se hagan excavaciones en los monumentos antiguos de la península y que no se tomen de ellos partes por pequeñas que sean”.⁷⁴ La arqueología mexicana avanzó durante los años del segundo imperio. Recibió el impulso de un monarca formado en la Europa de las sociedades científicas y los grandes proyectos de rescate y colección de vestigios de culturas antiguas.

I.5. El porfiriato

El triunfo republicano sobre el segundo imperio en 1867 inauguró otro momento en la historia de México en el que, si bien no de inmediato, fue retomado el interés por la arqueología de vestigios prehispánicos y por los museos. La primera década, con los gobiernos encabezados por Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, fue de esfuerzos por consolidar instituciones de gobierno y justicia, pero a partir de 1876, con Porfirio Díaz de presidente, inició un proceso de estabilidad política que permitió retomar las actividades científicas y estudios del pasado.

La estabilidad política que alcanzó México con Díaz en la presidencia, y el impulso económico que fue posible darle al país con esta estabilidad, presentó la oportunidad de impulsar la cultura, la ciencia y también una arqueología con un carácter más riguroso. La buena recepción que tuvo en México el positivismo, corriente filosófica basada en los principios enunciados por Augusto Comte y Herbert Spenser, que daba un lugar central a la ciencia, favoreció el cultivo de la arqueología.

Conforme a Ignacio Bernal fueron tres los aportes fundamentales a la arqueología mexicana que concernieron al gobierno de Porfirio Díaz. El primero de éstos fue la creación de la Inspección de Monumentos, cuyo director fue Leopoldo Batres, considerado el

⁷⁴Cotton, “Nación, patrimonio cultural”, 2007, p. 34.

arqueólogo oficial del porfiriato. Otro aporte fue la promulgación de la Ley sobre monumentos arqueológicos, el 11 de marzo de 1897, y la expropiación de terrenos de la zona arqueológica de Teotihuacán para su protección.⁷⁵

El interés gubernamental por el estudio del pasado prehispánico también se hizo patente en el apoyo al Museo Nacional, que funcionó como órgano difusor de la arqueología, paleontología y otras disciplinas. Poco a poco, la historia prehispánica y la relectura de la historia devinieron en la carta de presentación y la certeza de legitimidad que el régimen porfirista mostró. Esta perspectiva es evidente en la edición de la obra *México a través de los siglos*, coordinada por Vicente Riva Palacio.

El discurso construido desde el gobierno de Díaz buscaba que la sociedad reconociera y recordara a los antepasados de México. No vistos ya como los indígenas bárbaros o como los indios de su presente decimonónico. Por el contrario, los indios del pasado lejano eran concebidos como grandes guerreros y constructores de lo que sería la nación mexicana. La idea de un pasado glorioso con indios fuertes y valientes no solo fue expresada en *México a través de los siglos*, también quedó reflejada en la ciudad, donde se colocaron los monumentos a gobernantes precolombinos.⁷⁶

Las representaciones que se hicieron de estos gobernantes precolombinos fueron de hombres con un ideal de belleza diferente, que no correspondía a las características de los indígenas, pero su intención era proyectar la idea de la grandeza de los antepasados prehispánicos. Con estas representaciones, se buscaba formar en el imaginario colectivo la idea de un gran pasado que los identificaba y los hacía distintos a otras naciones, con culturas muy adelantadas para su época.

Durante el porfiriato dos grandes hechos, asociados a dos figuras centrales, tuvieron un impacto fundamental para la historia de la arqueología y del sitio de Teotihuacán: el primero fue protagonizado por Desiré Charnay y el segundo por Leopoldo Batres. El arqueólogo francés, Charnay, llegó a México a mediados del siglo XIX, aunque fue hasta la década de 1880 cuando su presencia se convirtió en un asunto definitivo.

⁷⁵ Lombardo, *El pasado prehispánico en la cultura*, 1994, p. 72.

⁷⁶ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 58.

Desiré Charnay visitó los principales sitios arqueológicos del país entre 1853-1859 e introdujo un adelanto, que serviría para dar cuenta de evidencia a la tecnología arqueológica: la cámara fotográfica.⁷⁷ En 1885 Charnay escribió el libro *Les Anciennes Villes de Nouveau Monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amerique Centrale*, en el que describió a Teotihuacán con base en algunas excavaciones tanto del cementerio de San Juan Teotihuacán, como en un montículo de la antigua ciudad situada en el lado oeste de la calzada de los Muertos.⁷⁸ En el primero halló vestigios materiales como cerámica y huesos. En el segundo, los pisos y muros de un edificio destruido para descubrir una serie de cuarto que formaban parte de lo que actualmente denominamos un palacio.⁷⁹

Désiré Charnay realizó excavaciones un poco más metódicas, pero a un nivel todavía incipiente; su idea era simplemente averiguar algo sobre el lugar, y luego abandonar la excavación a la intemperie.⁸⁰ Charnay fue percibido con indiferencia por intelectuales mexicanos, quienes vieron sus descubrimientos con falta de profesionalismo, pues la intención del arqueólogo francés era continuar las exploraciones y exportar a Francia las dos terceras partes de los objetos que descubriera.⁸¹ Empero, no pudo hacerlo pues el Congreso mexicano rechazó la solicitud.⁸²

En su libro *Les anciennes villes du Nouveau Monde*, en el cual, además de revelar el descuido en el que permanecían las ruinas, presentó algunas de las primeras fotografías de Teotihuacán. Esto significó una nueva manera de registrar los vestigios. Los aportes del arqueólogo francés fueron cruciales para el desarrollo de la arqueología mexicana, sin embargo, no tardó mucho tiempo en que apareciera un personaje mexicano que lograría aplicar lo aprendido por Charnay e integrar nuevas metodologías: Leopoldo Batres.

El arqueólogo mexicano Leopoldo Batres perteneció al “Regimiento de Lanceros de Juárez en 1867 y posteriormente alcanzó el grado de capitán de caballería que le expidió

⁷⁷ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 350.

⁷⁸ Trueba Lara, *Teotihuacán ciudad*, 2017, p. 150.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 150

⁸⁰ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 97.

⁸¹ *Ibid.*

⁸² *Ibid.*

Sebastián Lerdo de Tejada”.⁸³ Su relación con la arqueología se remonta al momento en el que Batres vendió parte de la colección de su abuelo, Antonio Batres, al Museo Nacional. La colección se encontraba en casa de Batres y estaba compuesta de objetos mineralógicos, de pintura, cerámica, escultura, numismática y ornitología.⁸⁴

En 1884 Batres fue nombrado director de la Inspección de Monumentos y el primer estudio que realizó fueron las exploraciones en Teotihuacán. En ese mismo año, Batres incursionó por primera vez en el sitio. Este primer acercamiento del arqueólogo a Teotihuacán despertó gran interés en él y declaró sobre el lugar:

Al hacer mis primeras visitas en el año de 1884 a las históricas pirámides y darme cuenta de la grandiosidad de ellas y de lo poco que hasta entonces se había hecho para estudiarlas, pues todo aquel campo no era sino un enorme hacinamiento de escombros, cubierto de malezas e inaccesible para quienes no tuvieran la agilidad de los nativos, me propuse toda mi voluntad y esfuerzo en salvar de la destrucción aquel maravilloso filón sumido en el olvido tan lamentable. Juré no dar descanso a mi brazo hasta no obtener una ayuda que viniera a servir mi idea; decidí acudir a todos los poderosos para inculcarles a fuerza de perseverancia la urgencia que había de ocurrir a esos grandiosos monumentos cuya trascendencia pude calcular.⁸⁵

Esta primera exploración fue realizada sin apoyo del gobierno federal, sin embargo, Batres acudió con el secretario del Estado de México Manuel de la Hoz, quien se interesó en el proyecto y convenció al gobernador del Estado de México, el licenciado José Zubieta, de otorgar el apoyo. Esto significó para Batres, según contó él mismo: “en mi idea de conservación de las pirámides, vi en este caballero un elemento que vendría en mi ayuda, dado que dichos monumentos están comprendidos en la jurisdicción del Estado de México”.⁸⁶

Zubieta “otorgó a don Leopoldo 200 pesos repartidos en 50 semanales, dinero con el cual se instaló en un jacal de la calle de los Órganos, en el pueblo de San Martín de las Pirámides. El gobierno estatal proporcionó palas y picos, y los trabajos comenzaron en 1886

⁸³ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 405.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 404.

⁸⁵ Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p. 317.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 319.

con una cuadrilla de 20 hombres”.⁸⁷ Durante la primera etapa de exploraciones, Batres se dedicó a estudiar los montículos, monolitos y frescos.

En 1886, Batres descubrió “frescos en uno de los terrenos rentados, en San Martín”,⁸⁸ las pinturas policromadas fueron copiadas en acuarela. Los hallazgos de los frescos causaron una excesiva atracción de curiosos al lugar y se arruinaron las cosechas. Los campesinos de San Martín “hartos de las intromisiones de los exploradores, se alzaron contra don Leopoldo. El malestar de la gente llegó a tal grado que el 3 de octubre de 1886 realizó un motín en defensa de su tierra”.⁸⁹ En noviembre de 1886 Batres describe que mientras realizaba el descubrimiento de un segundo mural:

Fueron suspendidos los trabajos de exploración por la muchedumbre del pueblo de San Martín, quienes apresaron a mis abnegados y buenos trabajadores. Yo permanecía en esos momentos en el pueblo, recluso en mis habitaciones vino a mí la mujer que me asistía llena de estupor diciéndome: “Señor: allí traen a sus peones y dicen a gritos que vienen a prender a usted”. Violentamente tomé mi rifle y salí hasta media calle para cerciorarme de la verdad, pudiéndome convencer de ella al ver que toda la calle estaba llena de habitantes del pueblo que en actitud hostil y en grupo compacto traían a mis obreros cautivos.⁹⁰

Además de la pérdida de los frescos, se le culpó a Batres de destruir un palacio: en su reporte *Teotihuacán o la ciudad sagrada de los toltecas* el arqueólogo describe la destrucción de un templo para salvar los murales.⁹¹ Dice Batres: “descubrí unos cuartos, rellenos de piedras perfectamente bien acomodadas, tuve que destruir con mucho cuidado estos macizos para salvar los murales y no maltratar las decoraciones”.⁹²

El último descubrimiento que realizó Batres en 1886 fue el de la diosa del agua, la cual fue trasladada en 1888 al Museo Nacional. A partir de este hallazgo, el arqueólogo creó un método para identificar la civilización de procedencia. Efectivamente, mostró que a pesar de que esa pieza fue hallada en Teotihuacán, podía revelar influencia de otras civilizaciones.

⁸⁷ Iracheta, *En busca de la Pompeya mexicana*, 2017, p. 59.

⁸⁸ AMST, Tierras, 1886, caja 17, exp. 12.

⁸⁹ Iracheta, *En busca de la Pompeya mexicana*, 2017, p. 60.

⁹⁰ Batres, *Teotihuacán o la ciudad sagrada de los toltecas*, 1889, p. 23.

⁹¹ *Ibid.*, p. 12.

⁹² *Ibid.*

Batres logró identificar y clasificar los monolitos comparando las características de las piezas y los rasgos faciales de los habitantes originarios de los lugares.⁹³

Los abundantes conflictos de Batres con los pueblos vecinos a las pirámides dieron fin a las exploraciones. Aunque este periodo fue de investigación, alentó a Batres a continuar sus estudios sobre Teotihuacán. Durante su estancia en San Martín logró comprobar que los dos grandes cerros eran pirámides, sin embargo, no tuvo en el momento tiempo ni presupuesto para excavarlas. Los descubrimientos de 1884-1886 de Teotihuacán otorgaron prestigio a Batres, sin embargo, éste continuó explorando ciudades antiguas como Mitla, Xochicalco y el Tajín y fue nombrado el arqueólogo oficial del porfiriato. Años más tarde pudo regresar a explorar Teotihuacán.

A lo largo de los siglos, la zona arqueológica de Teotihuacán permaneció a merced de la incuria y el olvido gubernamental. A pesar de que la ciudad de los dioses recibió muchas visitas, estas fueron de corta duración y no siempre con fines científicos, sino también de saqueo y con saldos de destrucción. Teotihuacán fue visitado por viajeros, frailes, científicos, exploradores, arqueólogos e historiadores, producto de las grandes etapas en las que se divide la historia de la arqueología teotihuacana, mismas que están enmarcadas en los procesos evolutivos de la arqueología como ciencia. Como lo explica Ignacio Bernal:

los vestigios materiales y documentos pueden verse a la luz del proceso de construcción de la arqueología como ciencia, mismo que inicia con un interés por los vestigios del pasado, el cual pasó por distintas etapas, cualitativamente diferentes y no forzosamente sucesivas: el interés por lo antiguo, lo curioso, lo exótico y, finalmente, por el conocimiento científico.⁹⁴

De acuerdo con la clasificación de Bernal, en el interés por lo antiguo se localiza Carlos Sigüenza y Góngora, quién mostró gran atracción por saber más de Teotihuacán y realizó excavaciones en la pirámide del sol. En la categoría de lo curioso y exótico se encuentra, William Bullock, Isidore Löwenstern, Joel R. Poinsett, pues sus visitas fueron impulsadas por el coleccionismo. Finalmente, en la última etapa, la del conocimiento científico, están

⁹³*Ibid.*

⁹⁴ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 8.

involucrados Désiré Charnay, Leopoldo Batres, los miembros de la Comission Scientifique du Mexique y la Comisión Científica de Pachuca.

La revisión de las visitas realizadas en Teotihuacán permite comprender la cantidad de intervenciones que tuvo el sitio. Arqueólogos como Ignacio Bernal y Manuel Gamio, consideran que los trabajos de excavación que realizó Leopoldo Batres en la ciudad de los dioses destruyeron los templos y monumentos, pues asumen que el lugar permaneció a la intemperie y sin intrusiones, hasta las exploraciones de Batres. Estas afirmaciones son incoherentes, cuando Batres incursionó en Teotihuacán, la ciudad ya había recibido una gran cantidad de visitantes, con diversos fines.



Capítulo II. Arqueología, antagonismos y enaltecimientos. Las exploraciones en Teotihuacán (1905-1910) y su relación con el nacionalismo.

Sepultado en la tierra, la maleza y la incuria
y a consolidar sus monumentos; vendrá así a luz,
me decía una verdadera Pompeya mexicana
Duque de Lubat

Este capítulo estudia las excavaciones en Teotihuacán de 1905-1910, proyecto que rescató la pirámide del sol, parte de la ciudadela y algunas piezas con las que se formó el museo de sitio. Aquí se aborda el desarrollo de los trabajos de excavación y sus participantes, los conflictos locales —la oposición ante las exploraciones, la expropiación e indemnización de terrenos—, así como algunos retos enfrentados como la falta de personal especializado para llevar a cabo las labores más rudas de descubrimiento de la pirámide y los problemas para mover el escombros. Finalmente, se presenta el momento de inauguración de la zona arqueológica y su significado al formar parte de las celebraciones del centenario de la independencia de México organizadas por el gobierno de Porfirio Díaz.

II.1. Inicio de excavaciones

Durante la permanencia de Justo Sierra en París en 1900, surgió la idea del proyecto de restauración de la ciudad de los dioses. Sierra conoció al duque de Lubat, quien estaba interesado en las exploraciones americanas y había leído sobre los descubrimientos y excavaciones en Teotihuacán. Lubat le insistió a Sierra que apoyara el descubrimiento del lugar, el cual se encontraba sepultado y cubierto por maleza; el duque estaba convencido de la magnitud de los monumentos enterrados y calificó a Teotihuacán como una verdadera Pompeya mexicana.⁹⁵ Cuando Sierra regresó a México le insistió al presidente Díaz acerca de la importancia del proyecto de descubrir Teotihuacán y la propuesta fue aceptada.⁹⁶

En 1905, el presidente Porfirio Díaz dio su aprobación para que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes —de reciente creación y a cuyo frente se encontraba el

⁹⁵ Iracheta, *En busca de la Pompeya mexicana*, 2017, p. 64.

⁹⁶ Sierra, *Obras completas*, T. 8. 1948, p. 435.

propio Justo Sierra— comisionara al arqueólogo Leopoldo Batres como jefe de la exploración de Teotihuacán. El gobierno federal depositó su confianza en Batres, pues ya contaba con prestigio después de sus exitosas exploraciones en Mitla, Xochicalco, el traslado de la piedra del sol de la torre poniente de la catedral al Museo Nacional y su exploración en el propio sitio de Teotihuacán en 1884-1886. Tanto el presidente Díaz como Sierra reconocieron el mérito de Batres como pionero de las exploraciones realizadas en los vestigios arqueológicos, además de que el arqueólogo prometió terminar el trabajo de descubrimiento de la pirámide del sol en un tiempo reducido —cinco años—. Sostenía poder hacerlo apoyándose en la experiencia de sus exploraciones previas en el sitio.⁹⁷

El gobierno federal se estaba preparando para conmemorar el centenario de la independencia de México en 1910 y, con tal finalidad, se organizaron diversas actividades, donde la arqueología y la historia tenían un lugar importante. Además de la insistencia de Sierra para realizar el proyecto de exploración en la ciudad de los dioses, se presentó la oportunidad de que el descubrimiento del sitio formara parte de las celebraciones del centenario. El acuerdo fue que la pirámide del sol quedara habilitada para 1910 y con las piezas que fueran halladas en el lugar se fundara un museo de sitio. A pesar de que el nombre del proyecto fue “restauración y excavación de Teotihuacán”, desde un principio solo se consideró descubrir la pirámide del sol. Esto por el escaso tiempo del que se dispondría y por la magnitud del monumento. Batres no estaba dispuesto a arriesgarse a excavar otro basamento, por ejemplo, la pirámide de la luna, sin antes tener la certeza de que debajo de esa mole permanecía una pirámide.

Antes de comenzar las excavaciones en Teotihuacán, Sierra realizó junto con Batres una visita a Xochicalco y a la pirámide del Sol. En 1905 aún estaba en cuestión la idea de que debajo de dicha pirámide —la cual estaba cubierta de tierra y mantenía apariencia de cerro— pudiera hallarse algún monumento. Incluso Sierra le preguntó a Batres sobre esto:

¿Cree usted poder encontrar debajo de esa inmensa mole de tierra y piedra alguna arquitectura definida que nos enseña la forma verdadera que tenía en sus primitivos tiempos? ¿Acaso, como han opinado algunos, que al retirarse los moradores de esa ciudad acometieron la gigantesca obra que cubrir sus edificios para evitar de este modo la profanación de manos extrañas y que estén ahí abajo del espeso velo que los cubre,

⁹⁷ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 265.

bien conservados y en condiciones de revelarnos toda su historia? ¿O acaso no serán más que, como dijo Humboldt, grandes hacinamientos de tierra sin forma determinada arquitectónica? De todos modos, si usted cree que en los cinco años que faltan para la celebración del centenario podemos descubrir esas construcciones y consolidarlas al mismo tiempo que se descubra, hare mi esfuerzo por conseguir que el gobierno le suministre los fondos necesarios para llevar a cabo este pensamiento. ⁹⁸

Pero Batres estaba seguro de la existencia de un basamento prehispánico bajo la montaña de tierra y maleza. De esta manera, el 20 de marzo de 1905 comenzaron las obras de excavación en Teotihuacán, si bien desde 1902 se habían avanzado ya algunos trabajos de limpieza de vegetación, principalmente en los terrenos que circundaban la pirámide del sol.⁹⁹

Batres inició la excavación del sitio acompañado de un equipo perfectamente organizado y con gran disciplina interna. Por ejemplo, contaba con una “cuadrilla de operarios que se dividió en brigadas, vigiladas por cabos y capitanes, bajo el mando de un capataz general”.¹⁰⁰ Batres mantenía esta organización casi militarizada con la finalidad de garantizar una labor metódica, pues ya tenía la experiencia de la exploración de 1884, la cual había fracasado por falta de disciplina en el equipo de trabajo.

Las excavaciones avanzaron bien y los descubrimientos alcanzaron gran popularidad. Cuanto más se descubría de la pirámide, la afluencia de visitantes incrementaba. En 1908 Batres escribió acerca de esto:

Si el gobierno sigue dando el mismo dinero que ahora, presentaremos para el centenario un verdadero acontecimiento que no designa de su objeto. Las obras de exploración han continuado descubriendo la ciudad subterránea y poniendo a la luz otros edificios en la calzada de los muertos. Es una verdadera romería constante de extranjeros y nacionales que van a aquellos lugares a admirar los restos de esa gran ciudad muerta.¹⁰¹

A partir de 1907, gracias a la popularidad de las excavaciones, comenzaron a fluir al sitio visitantes, tanto nacionales como extranjeros; esta afluencia turística llegó a impactar en la dinámica social y económica de los habitantes de Teotihuacán. En ese mismo año, Eliuh Root, secretario de Estado, y el embajador de Estados Unidos de

⁹⁸ Sierra, *Obras completas*, 1948, pp. 445-446.

⁹⁹ Iracheta, *En busca de la Pompeya mexicana*, 2017, p. 66.

¹⁰⁰ AMST, *Tierras, Exploración al cerro de San Juan*, 1908, caja 1, exp. 3.

¹⁰¹ Batres, *Monumentos arqueológicos de Teotihuacán*, 1908, p. 15.

Norteamérica, en compañía de su familia, realizaron una excursión a la ciudad de los dioses. Estos invitados fueron recibidos con “una colección de obras y cartas publicadas por la Inspección de Monumentos, así como un álbum fotográfico de las ruinas de Teotihuacán”.¹⁰²

Uno de los visitantes más frecuentes, desde luego, era Justo Sierra, quien supervisaba de manera personal el avance de las exploraciones. El 9 de abril de 1906, Sierra invitó al presidente Díaz a Teotihuacán, quien fue acompañado de otros miembros de su gabinete.¹⁰³ Sin embargo, a pesar de la buena respuesta de un público en general y de representantes del propio gobierno, los trabajos de exploración generaron molestia en la población local. Encontraron rechazo particularmente entre los agricultores del lugar, y ocasionaron diversos incidentes que acabarían por enfrentar a Batres con distintas instituciones, intereses y personas a lo largo de los cinco años que duraron los trabajos de exploración y consolidación de la zona arqueológica. Sobre los problemas con la población local, en particular, regresaremos más adelante.

El trabajo de descubrimiento de esta gran pirámide de Teotihuacán fue la primera excavación en México a gran escala. Para Batres esta exploración significó la primera vez que realizaba arqueología mediante una aplicación sistemática de métodos de medición, excavación y datación. Las labores duraron cinco años y contaron con gran apoyo presupuestal. Como lo había prometido Justo Sierra, el gobierno otorgó el sustento financiero necesario para cumplir con el objetivo: descubrir la pirámide del sol y la formación del museo de sitio con las piezas que fueran halladas durante la excavación.

II.2. Los retos del proyecto arqueológico

Durante las excavaciones se enfrentaron diversos problemas, el primero de ellos provino de las inconformidades de los vecinos de San Juan y San Martín. Los campesinos de la zona que fueron contratados para los descubrimientos vieron a las exploraciones como una gran

¹⁰² Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p. 128.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 129.

oportunidad de trabajo, sin embargo, los dueños de los terrenos estuvieron en desacuerdo con el desarrollo de la excavación. Otro reto fue la falta de personal especializado para descubrir los monumentos, por esta causa se contrataron peones que habitaban cerca del sitio. Durante el desarrollo de la exploración surgió un tercer problema: la acumulación de grandes cantidades de escombros y el desalojo del material fuera del sitio.

II. 2.1. Conflictos locales

Anterior a la creación de la zona arqueológica, los vestigios arqueológicos teotihuacanos estuvieron sujetos a diversos avatares. Existen algunos ejemplos de apropiaciones del patrimonio territorial y material de Teotihuacán —los cuales ya fueron presentados en el capítulo anterior—, protagonizadas por viajeros, exploradores y grupos de saqueadores, quienes usaron dicho patrimonio en beneficio propio. Pero además de ellos, cuando Leopoldo Batres exploró Teotihuacán, consideró que un factor de la destrucción de algunos monumentos había sido obra de los propios propietarios asentados en el área de los basamentos. Esta preocupación la manifestó claramente al gobierno cuando explicó el riesgo de encontrar debajo de la maleza vestigios mal conservados e, incluso, sólo amontonamientos de piedra. Sobre lo que podían haber hecho rancheros y hacendados del lugar con los vestigios arqueológicos al labrar la tierra, Batres explicó:

En vista de que ya conocía yo el estado de destrucción en que se encontraban aquellos monumentos puesto que en el año de 1886 los había explorado ya y aun había descubierto dos importantes frescos, manifesté a dicho gobierno que no esperaran a encontrar nada bien conservado, ni edificios, ni monumentos, pues aquella ciudad presentaba el aspecto de haber sido destruida primero por la mano de los vencedores y después por la de los que se adueñaron de aquellos terrenos que como propietarios los explotaron ya sembrándolos, ya extrayendo piedras para construir sus habitaciones y las de los vecinos, los hacendados y demás pueblos colindantes, en un radio no menos de cuatro leguas.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Batres, *Memorias del XVIII International*, 1912, p. 158.

Las tierras en Teotihuacán habían sido, durante largo tiempo, propiedad comunal, es decir, usufructuadas de acuerdo con las tradiciones de las comunidades indígenas. Sin embargo, a raíz de los procesos de desamortización de bienes de manos muertas impulsado durante la segunda mitad del siglo XIX, la propiedad de la tierra en Teotihuacán había pasado a ser propiedad privada —ranchos y haciendas—, mientras los ejidos de uso común habían quedado bajo la administración de los ayuntamientos. En concreto, “las tierras ejidales del valle de Teotihuacán fueron adjudicadas a las municipalidades de Texcoco, Teotihuacán y Otumba”.¹⁰⁵

Los conceptos de propiedad y usufructo, así como la estructura productiva en el valle de Teotihuacán, ayudan a explicar por qué el conflicto con los pequeños propietarios asentados en la zona arqueológica fue uno de los más difíciles de enfrentar. De acuerdo con Batres, el inspector de Monumentos Arqueológicos, había informado que propietarios del lugar “se habían adueñado de aquella riquísima zona para dedicarla a cultivos agrícolas”.¹⁰⁶ De esta manera, en 1905 Teotihuacán era una sucesión de “cerros y planicies cubiertas de nopales, magueyes y matorrales en las que se habían establecido agricultores que poseían terrenos adjudicados bajo el régimen de pequeña propiedad, cruzados en todas direcciones por cercas de piedra de 2 m de altura y 1.50 m de ancho, mucha de esa piedra tomada de los mismos monumentos”.¹⁰⁷

Al margen de cuándo y cómo se hubieran establecido esos propietarios en Teotihuacán, las exploraciones en la zona obligarían a expropiar algunas de las tierras en las que se encontraban los monumentos, lo que representó una amenaza para rancheros y hacendados. Contra esos propietarios tuvo que lidiar Batres. Las tierras que se verían afectadas por el proyecto arqueológico contaban con sembradíos de maíz, frijol, chile y calabaza para el autoconsumo, así como algunas huertas de durazno, capulín y chabacano.¹⁰⁸ Pero, en realidad, no era suelo tan fértil para lograr cosechas importantes de esos productos, era más bien árido. Años antes, a inicios de la década de 1880, el historiador Manuel Rivera Camba había descrito el paisaje teotihuacano de la siguiente manera:

¹⁰⁵ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 90.

¹⁰⁶ Batres, *Memorias del XVIII International*, 1912, p. 188.

¹⁰⁷ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 85.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 83.

Árido y triste, lo mismo que en Otumba, es el aspecto de las lomas cercanas a Teotihuacan; entre las piedras de tezontle, crecen algunos árboles del Perú, arbusto y otras plantas pequeñas que forman matorrales. Por cierto, es este un proceso de deterioro que no se ha detenido hasta nuestros días. Es digno de notar que dentro de la parroquia de Teotihuacan situada hacia el sur de la población y en la parte más baja en el cementerio y sus inmediaciones, haya diversos manantiales de buenas y abundantes aguas; no obstante, aunque el vecindario tiene en su casa este precioso elemento, solamente puede usarlo para el gasto doméstico porque está en posesión de él y lo disfrutaban las haciendas de Cadena y Acolman. Las aguas de los pozos son salobres. La carencia de agua atrasa la agricultura y causa la esterilidad de algunos sitios, haciendo que el cultivo del maguey sea la principal industria de aquellos habitantes.¹⁰⁹

Efectivamente, el maguey se daba bien en la zona de Teotihuacán —como en otras zonas del centro del país—, lo que permitía una producción a gran escala de pulque. Gracias a la cercanía de la ciudad de México, el pulque tenía mercado, de manera que representaba una buena empresa. Y como la mano de obra en la zona era barata, “la explotación del maguey y su transformación en pulque eran actividades costeables y muy lucrativas”.¹¹⁰ Sus dueños buscaron defender sus ranchos y haciendas frente a la amenaza de expropiación e invasión de sus tierras con motivo del proyecto de exploración de la Pirámide del Sol.

De esta manera, durante la expedición de 1905-1910, los dueños de los terrenos ubicados en la zona arqueológica presentaron una fuerte resistencia ante la presencia de Batres y sus trabajadores, pero sobre todo ante un proyecto que representaba una amenaza real de perder sus terrenos agrícolas. El primer incidente entre Batres y los propietarios sucedió antes del arranque del gran proyecto: en 1903, Fernando de la Vega, dueño de la hacienda *La blanca* (situada en Texcoco), acompañado de un jefe de policía de Texcoco, intentó parar las labores de exploración preliminar que Batres había emprendido entonces. El argumento de Fernando de la Vega fue que unos trabajadores de la expedición habían ingresado a terrenos de su hacienda, y lo habían hecho sin su permiso.¹¹¹

Pocos años después de conflictos como el de Fernando de la Vega con Batres, los terrenos considerados para la exploración y aldeaños fueron declarados propiedad de la nación y sujetos a expropiación. Los dueños pusieron resistencia y elevaron peticiones al

¹⁰⁹ Rivera, *Viaje a través del Estado de México*, 1970, p. 147.

¹¹⁰ Trueba, *Teotihuacán Ciudad*, 2017, p. 156.

¹¹¹ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 56.

gobierno en defensa de sus terrenos. Fue el caso, por ejemplo, de su petición del 12 de julio de 1906, dirigida a la Secretaría de Fomento, en la que los propietarios defendieron su derecho a esas tierras:

Somos dueños de terrenos de antiguo repartimiento que se nos ha hecho, cultivamos anualmente dichos terrenos para subvenir a nuestras necesidades, y varios de nosotros los tenemos sembrados de maguey, sin que nadie nos haya inquietado en nuestra legal posesión y propiedad, que justifican los títulos que acompañamos a este nuestro oculto, hasta que el día 17 de los corrientes en que el señor Inspector y Conservador de Monumentos Antiguos nos mandó pasar una circular en que nos previene de no sembrar nuestros terrenos ni plantar magueyes, y de palabra el que pasó la circular dijo a los que tenemos maguey ya casi de sazón, que debemos arrancarlo, de modo que si dentro de 15 días no estaban limpios y desembarazados los terrenos traerían cuadrillas de peones a dejarlos limpios, y esto porque hay unos pequeños otros que tal vez se califican de monumentos impropia, según entendemos.¹¹²

Pero el proyecto de Batres no iba a detenerse. Tenía el apoyo del gobierno federal. Lo que en todo caso podría estar a discusión era la forma de limpiar los terrenos, de expulsar de ellos a sus dueños y la cuestión de su indemnización. Los dueños reclamaron la inviolabilidad de su propiedad, desde luego, y expusieron que la única manera de expropiarlos sería por previa indemnización, y no por orden del inspector de Monumentos Arqueológicos.¹¹³ Para sustentar sus reclamos, algunos dueños de terrenos llevaron sus títulos ante la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, acompañados de oficios en los que denunciaban el despojo, pero también un trato despectivo. En 1906, por ejemplo, unos pequeños propietarios locales acusaron a Batres de haberlos calificado como “una punta de indios tontos, pero en términos menos pulcros” y —continuaba la denuncia— esos eran dichos “que desdican mucho, no digamos de un hombre público, sino del menos educado conector de la Universidad. Que somos tontos porque debemos arreglarnos con él y no perder el tiempo en el Ministerio”.¹¹⁴ Pero, aunque Batres los insultara, los quejosos presentaron múltiples peticiones y reclamos directamente a la Secretaría de Instrucción Pública.

Fueron tantas las demandas de los propietarios locales y tan fuerte la presión que ejercieron que el gobierno tuvo que pagar indemnizaciones. A instancias de la propia

¹¹² AMST, Tierras, Peticiones de los pequeños propietarios, 1906, caja 1, exp. 1.

¹¹³ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 87.

¹¹⁴ AMST, Tierras, Peticiones de los pequeños propietarios, 1906, caja 1, exp. 5.

Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, Batres tuvo que elaborar un plano de los terrenos a expropiarse, con registro exacto de sus medidas reales, a fin de tener información completa para poder pagar a sus dueños la indemnización correspondiente. Finalmente, los terrenos expropiados fueron muchos: en enero de 1907, la Secretaría de Instrucción Pública solicitó los títulos a los propietarios y, con ellos en sus manos, ese mismo año declaró “zona de utilidad pública federal la comprendida en los terrenos de los dueños particulares que abarcaba las municipalidades de San Francisco Mazapa, San Juan Teotihuacán, San Martín Obispo, los barrios de Santa María Coatlán, y San Sebastián”.¹¹⁵

La resistencia de los propietarios de la zona en contra de las exploraciones y de la expropiación continuó todavía unos años más y obtuvo el apoyo de autoridades locales, sobre todo del ayuntamiento de San Juan Teotihuacán. Por ejemplo, Antonio Aldana, un hombre de ascendiente político y social en Teotihuacán, se dirigió por escrito al Secretario Justo Sierra y alegó que Batres había trazado la zona arqueológica “a su arbitrio incluyendo varios terrenos particulares que no habían sido expropiados”.¹¹⁶ La acusación de Aldana contra Batres desató debates y tuvo mucho eco, tanto que el propio presidente Díaz ordenó que se abriera un expediente para verificar el título del terreno de Aldana. Finalmente, Aldana ganó su reclamo de indemnización: se fijó “su precio en \$80.00 pagados con la partida presupuestal 8 227 del año fiscal 1908-1909”.¹¹⁷

Batres inició los trabajos de su proyecto con las excavaciones por la base del ángulo suroeste de la pirámide del sol, o sea, el punto en el que durante la exploración preliminar se había encontrado el paramento del primer cuerpo. Eso exigió, desde un principio, tratos difíciles con los dueños de los terrenos que rodeaban la pirámide del sol. De hecho, el propio Batres, junto con Antonia Clos, archivera de la Dirección de Monumentos Arqueológicos y suplente de Batres, debieron comprar a nombre del gobierno federal terrenos en el barrio de San Francisco Mazapa, municipio de Teotihuacán, los cuales estaban ubicados alrededor de la pirámide del sol. En 1905 adquirieron tres terrenos, en 1907 uno y en 1909 uno más.¹¹⁸

¹¹⁵ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 88.

¹¹⁶ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 3, exp. 2.

¹¹⁷ *Ibid.*

¹¹⁸ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 88.

El Acuerdo del 24 de junio de 1907, por medio del cual se declararon de utilidad pública los inmuebles comprendidos en la zona arqueológica de Teotihuacán y se decidió su adquisición, arrojó un total de 121 propietarios afectados que sumaban, entre todos, 163 terrenos que serían apropiados por el gobierno federal.¹¹⁹ Posteriormente, entre 1908 y 1910, se compraron otros terrenos para ampliar la zona arqueológica. La lista de 1907, más las escrituras de compraventa y los registros de las compras hechas por el gobierno federal entre 1908 y 1910 dieron un total de 163 propietarios afectados y 226 terrenos expropiados o adquiridos por el gobierno en favor de la recuperación de la zona arqueológica de Teotihuacán.¹²⁰

La Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes había destinado una partida de \$5000.00 para indemnizar a los propietarios.¹²¹ Finalmente se gastaron aproximadamente \$6565.00 en indemnizaciones,¹²² a pesar de que existió una gran diferencia entre los precios tasados por los dueños de los terrenos y lo que les fue pagado por el gobierno.¹²³ Los dueños salieron perdiendo. Además, no se les pagó inmediatamente después de la declaración de expropiación, porque entre 1907 y 1908 los gastos para la restauración de los monumentos descubiertos fueron prioridad.¹²⁴ Algunos propietarios tuvieron que aceptar que el pago por sus terrenos se extendiera hasta el final del proyecto de exploración. En 1910 la zona arqueológica ya había sido inaugurada y más de 50 dueños no habían recibido todavía el pago por sus terrenos.¹²⁵

En 1911, caído el gobierno de Porfirio Díaz por obra de la revolución maderista de 1910 y con Francisco León de la Barra como presidente interino, las quejas de propietarios afectados por las exploraciones arqueológicas en Teotihuacán continuaron. El secretario de Instrucción Pública del gobierno interino, Francisco Vázquez Gómez, se ocupó del caso de varios propietarios en Teotihuacán, quienes acusaron a Batres de haberlos despojado de sus terrenos sin indemnizarlos previamente. Como resultado de una investigación ordenada por

¹¹⁹ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 3.

¹²⁰ *Ibid.*

¹²¹ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 5, exp. 1.

¹²² *Ibid.*

¹²³ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 5, exp. 2.

¹²⁴ Trueba, *Teotihuacán Ciudad*, 2017, p. 159.

¹²⁵ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1910, caja 1, exp. 3.

Vázquez Gómez, se determinó que los propietarios efectivamente no habían sido indemnizados.¹²⁶ Asimismo, se formó un expediente judicial en San Juan Teotihuacán con base en testimonios de personas que participaron en las obras que se habían ejecutado en el lugar, entre ellas un hotel —a nombre de la asistente de Batres, Antonia Clos— con sus dependencias.¹²⁷ Tras la caída del gobierno de Porfirio Díaz, la conducta de Batres con los propietarios locales durante el desarrollo del proyecto de Teotihuacán fue muy cuestionada.

Como puede apreciarse en estas páginas, el proceso de expropiación e indemnización de los terrenos en los que se ubicaban los monumentos fue uno de los conflictos más complicados que se enfrentó para excavar Teotihuacán. Es claro que, para los propietarios, el proyecto arqueológico significó despojo de sus tierras, maltratos e insultos por parte de Leopoldo Batres y su equipo de trabajo. El problema de la indemnización se extendió tanto que sería hasta 1918 —ocho años después de la conclusión del proyecto de excavación e inauguración de la zona arqueológica—, cuando todos los propietarios lograron el pago por sus terrenos.

II.2.2. Palas, picos y tlachiqueros: el laboratorio arqueológico

El arqueólogo fue el protagonista central de las excavaciones: fue el responsable del proyecto, director de los trabajos e intérprete de los hallazgos. En este sentido, se llevó la mayor parte del mérito de las exploraciones. Sin embargo, detrás de una exitosa imagen arqueológica se encontraba el trabajo de numerosas personas. Durante las primeras excavaciones de Teotihuacán, el gobernador del estado de Hidalgo apoyó las obras con albañiles y soldados para que resguardaran el lugar, esto parecía necesario: si bien los jornaleros del campo locales se unieron a las excavaciones, muchos de los habitantes de San Juan perdían sus cosechas a causa de las intervenciones de Batres y estaban en desacuerdo con los estudios realizados en las ruinas, como ya se mencionó.

Al inicio del proyecto de excavación de 1905 Leopoldo Batres organizó un equipo de trabajo con gran disciplina interna: formó cuadrillas de operarios supervisadas por

¹²⁶ AMST, Tierras, Exploración al cerro de San Juan, 1911, caja 1, exp. 4.

¹²⁷ *Ibid.*

cabos y capitanes. Pero a pesar de su buena organización, contó con escaso personal preparado para llevar a cabo los descubrimientos. Por esta razón decidió solicitar el apoyo de trabajadores del campo locales, los cuales tenían conocimiento sobre el manejo de la tierra teotihuacana. Era común que, mientras sembraban, encontraran pequeñas piezas prehispánicas: “las limpiaban y las comercializaban a los visitantes, los campesinos aprovecharon la fama de las excavaciones para vender lo que encontraban en sus terrenos”.¹²⁸ De alguna manera, algo sabían sobre limpieza del material arqueológico.

Uno de los motivos de integración de personal no especializado en arqueología para realizar los descubrimientos fue la ausencia de expertos. En México no había escuelas para la formación de arqueólogos y eran muy pocos los capacitados en el extranjero; además, los pocos que había no realizaban labor de campo, no de la que implicaba excavar con sus propias manos. El trabajo de un arqueólogo en aquellos años priorizaba las tareas de recolección de datos, identificación, datación y descripción del material antiguo. La labor de excavación era realizada por personal no calificado.¹²⁹

A falta de especialistas en arqueología, Batres ofreció empleo a los campesinos y tlachiqueros que habitaban en la zona aledaña a Teotihuacán (San Juan). A pesar de que los jornaleros del campo no conocían la diferencia entre excavar la tierra y descubrir un monumento prehispánico, echar mano del apoyo de peones era bastante común en la época: “los arqueólogos contrataban cualquier persona que estuviera dispuesta a trepar, arriesgar su vida o ensuciarse las manos limpiando”.¹³⁰ La mayor parte de los campesinos de San Juan se dedicaba al cultivo de maguey, así es que tenía tiempo libre mientras lo dejaba madurar y se dedicaba por temporadas a la alfarería o el comercio.¹³¹ Batres aprovechó los periodos de baja actividad de la población de San Juan e invitó a los jornaleros a participar en las excavaciones a cambio de un sueldo semanal. Es muy posible que, a lo largo de los cinco años que duró la obra, algunos de esos jornaleros hayan aprendido a hacer con maestría su

¹²⁸ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 259.

¹²⁹ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 102.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 106.

¹³¹ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 85.

trabajo de descubrimiento de monumentos antiguos, al menos aquellos que laboraron por largas temporadas en la obra.

Los trabajadores contratados entre 1905 y 1910 para el descubrimiento de la pirámide fueron muchos, con distintos sueldos, según la labor que realizaran. Los peones fueron el grupo más numeroso, el menos calificado –se contrató a 190 en cinco años– y el peor pagado: los peones recibían un sueldo de \$3.60 a la semana. Este salario no era alto, les alcanzaba apenas para consumir maíz, frijol, manteca, sal, azúcar y carbón.¹³² Pero eran el personal más fácil de conseguir y el que no requería mayor entrenamiento. Para Batres el sueldo que recibían los peones era justo, considerando que desconocían el oficio requerido para una exploración arqueológica. Los trataba con desprecio y decía de ellos que eran "indios tontos [cuyo] único beneficio es conocer la tierra y se aprovechó esa única habilidad".¹³³ Los peones estaban mal pagados y eran tratados con desprecio, a pesar de que su labor era absolutamente indispensable.

A los peones le siguieron en número los albañiles, que ganaban casi el doble: \$6.00 a la semana. En cinco años laboraron en las obras de Teotihuacán 50 albañiles. Un poco mejor pagados que ellos, con un salario de \$6.80 a la semana, fueron los diez policías contratados en ese mismo periodo. Ellos tenían la responsabilidad de mantener el orden en la zona arqueológica y vigilaban que las tareas de exploración se llevaran a cabo durante el día. Las tareas de vigilancia durante la noche estaban a cargo de cuatro veladores y su salario semanal era más bajo: de \$4.20.

Los trabajadores menos numerosos fueron aquellos que tenían un oficio más especializado: el maestro albañil, el herrero, el carpintero, el garrotero, el mecánico, el carretero y el cabo de ferrocarril. Algunos de ellos recibieron un sueldo cuatro veces mayor al de los peones, como se puede ver en el cuadro siguiente. El trabajador de mayor jerarquía y mejor pagado fue siempre el capataz, quien recibía un sueldo de \$100.00 semanales.

¹³² Gómez, "Un nuevo índice de precios", 2000, p. 58.

¹³³ APLB, Excavaciones, Teotihuacán, 1907, caja 3, exp. 2.

**Sueldos semanales del personal que trabajó en las excavaciones de Teotihuacán
1905-1910**

Personal	Sueldos individuales	Total
1 capataz	\$100.000	\$100.00
1 carpintero	\$18.00	\$18.00
1 herrero	\$12.00	\$12.00
1 mecánico	\$12.00	\$12.00
1 maestro albañil	\$12.00	\$12.00
1 cabo de ferrocarril	\$9.00	\$9.00
10 guardias	\$6.80 c/u	\$68.00
50 albañiles	\$6.00 c/u	\$300.00
5 capitanes	\$6.00 c/u	\$30.00
1 carretero	\$4.50	\$4.50
1 garrotero	\$4.50	\$4.50
4 veladores	\$4.20 c/u	\$16.80
190 peones	\$3.60 c/u	\$684.00
		\$1270.80

Fuente. Elaboración propia con base en: Archivo Municipal de San Juan Teotihuacán, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1905-1910, caja 1,2.

El capataz era el encargado de dar instrucciones, dirigir y capacitar a los nuevos empleados; supervisaba que el proceso de excavación se llevara a cabo como Batres lo indicaba, mientras el arqueólogo estudiaba, interpretaba y reportaba los avances. Por esta razón el capataz era el trabajador con mayor salario. Era el empleado de mayor responsabilidad y también al que se llamaba la atención cuando alguna indicación no se realizaba como lo había ordenado Batres.¹³⁴ La jornada laboral de esta persona iniciaba a las

¹³⁴ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 1.

7:00 de la mañana, cuando empezaban las labores de excavación y se extendía hasta las 5:00 de la tarde.¹³⁵

El carpintero, el garrotero, el herrero y el mecánico realizaban labores más específicas, aunque no de manera continua. Debían presentarse a partir de las 9:00 de la mañana y, aunque su servicio no siempre era requerido, todos los días debían de permanecer en Teotihuacán por si se ofrecía alguna tarea de su especialidad.¹³⁶ Los albañiles desempeñaron trabajos de restauración en los monumentos, su jornada laboral comenzaba a las 8:00 de la mañana y concluía a las 5:00 de la tarde.¹³⁷

Los peones realizaban la labor de excavación, retiro de escombros y limpieza del material arqueológico. Su jornada laboral comenzaba a las 6:00 de la mañana —eran los primeros en llegar al lugar— y terminaba 5:00 pm.¹³⁸ Ni siquiera el capataz debía llegar tan temprano como ellos, pero se retiraban cuando todos los demás trabajadores lo hacían. Trabajaban más horas, por menos salario. Su labor era poco calificada y, por ello, su salario muy bajo, pero el trabajo que realizaban era muy pesado. Por ejemplo, antes de la construcción del ferrocarril, los peones tenían que cargar los escombros en cubetas, costales o carretillas, y caminar por lo menos dos kilómetros hasta el lugar en que lo depositaban.¹³⁹

¹³⁵ *Ibid.*

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 2, exp. 1.

¹³⁸ *Ibid.*

¹³⁹ *Ibid.*



Imagen 1. “Integrantes del cuerpo de guardia de la zona arqueológica durante un almuerzo”, *En busca de la Pompeya mexicana*, 1908, p.110.

En la fotografía (imagen 1) se observan ocho guardias, durante la hora del almuerzo (10:00-11:00 am)¹⁴⁰, al fondo dos mujeres, cubiertas con rebozos, y en último plano una cerca de madera, que rodeaba el lugar, y la estructura del techo. A este sitio se le conocía como el centro de reposo y estaba destinado para que los trabajadores de la exploración (profesionales de su oficio, capataces, guardias) fueran a alimentarse. Los peones, quienes vivían cerca, eran atendidos por sus esposas, quienes llevaban la comida a las 2:00 pm, y solo contaban con máximo 30 minutos para comer.¹⁴¹ Los guardias, capataces y profesionales de su oficio, que no vivían cerca del sitio, pagaban a mujeres lugareñas para que prepararan y llevaran los alimentos al centro de reposo.¹⁴² Los guardias, capataces y especialistas de su oficio, gozaron de ciertos privilegios, además de una jornada de trabajo más corta, también tenían dos horarios para alimentarse, el almuerzo y la comida; por el contrario, los peones solo tenían

¹⁴⁰ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 2, exp. 2.

¹⁴¹ *Ibid.*

¹⁴² AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 2, exp. 3.

un corto tiempo para comer, y no contaban con un lugar específico para alimentarse o descansar.¹⁴³

Los peones que aceptaron realizar la labor de excavación no recibieron capacitación previa, pero trabajaban bajo la dirección del capataz y del propio arqueólogo. Las personas que realizaban el retiro de tierra y escombros, así como el apuntalamiento de piedras y estructuras —peones y albañiles— cambiaban conforme a las exigencias de las tareas principales, pero el número de personas que laboraron en la excavación se mantuvo estable. Cuando se reducía el número de peones o albañiles, se buscaba “contratar nuevas personas que sean vecinos a la pirámide” para realizar las labores que eran necesarias en el momento.¹⁴⁴

La permanencia de la misión arqueológica en Teotihuacán durante cinco años dinamizó la economía local y, de alguna manera, tuvo un impacto modernizador en ciertos aspectos de la vida de los pobladores del valle. Cientos de jornaleros fueron empleados en los trabajos de exploración, excavación y consolidación de los vestigios arqueológicos. También hubo fuentes de empleo en la construcción del museo, de la vía del tren, del retén militar y del campamento sede de la exploración. Dicho campamento estuvo ubicado encima de la plataforma sur que rodea a la pirámide del sol, muy cerca del lugar en que se retiró parte de esta plataforma para que los vagones sacaran el escombros de las excavaciones. La casa del campamento tenía en la “planta baja una oficina, un baño, comedor, cocina, cuartos de servicio y cinco recámaras en la planta alta”.¹⁴⁵ Pudo haber sido el lugar de residencia y oficina de Batres.

En cuanto a las relaciones laborales con los trabajadores del campamento, Batres hizo algunos cambios, enfrentándose de esa manera a los cacicazgos locales representados por hacendados y autoridades. Por ejemplo, en el campamento estaba prohibido el monopolio de la venta de pulque; por ningún motivo se hacían descuentos al salario de los trabajadores, ya que, según Batres: los jornaleros percibían su raya “íntegra para gastarla donde mejor les

¹⁴³ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 2.

¹⁴⁴ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 3.

¹⁴⁵ Marquina, *Memorias*, 1992, p. 54.

parezca, sin hacerles préstamos onerosos que les resulte en su venta personal por tiempo indefinido, pues los réditos y cuenta corriente que les obligan a abrir en las tiendas de las haciendas y los caciques, los priva de su libertad por casi toda su vida, trasmitiéndose esta obligación hasta la segunda generación”.¹⁴⁶

En defensa de sus formas tradicionales de relación con los trabajadores, los hacendados y autoridades locales llegaron a acusar a Batres de movilizar a los peones en su contra. El arqueólogo justificó sus esfuerzos en favor de mejores condiciones de trabajo y tachó de abusivas esas relaciones tradicionales. Así comentó:

La raza indígena es víctima de los caciques de los pueblos, de los hacendados y de las autoridades locales, quienes la asedian con el agio, las gabelas y las multas, y estos caciques y estas autoridades y estos hacendados son los que mueven a estos pobres parias para que inconscientemente eleven acusaciones contra mi oficina que ha procurado arrancar de las garras y férula de estas castas a los infelices jornaleros.

Pero, así como los hacendados se quejaron de algunos cambios introducidos, gracias a los trabajos de exploración arqueológica, también encontraron de qué beneficiarse. Durante el desarrollo del proyecto se logró el tendido de los cables de teléfono y luz. Desde 1907, el campamento de Batres tuvo una línea telefónica, con un teléfono de la marca Central, “con un solo hilo delgado con aisladores de porcelana y postes de madera, los cuales pasarían por calles, calzadas y terrenos de labor”.¹⁴⁷ Era una línea directa de las pirámides a la cabecera de San Juan. Varios hacendados obtuvieron también este beneficio, y contaron con líneas telefónicas particulares.¹⁴⁸

Las excavaciones fueron un proyecto que exigía habilidades muy diferentes. Batres era el encargado de dirigir, pero se contrataron personas dedicadas a realizar múltiples tareas: desde las más rudas con pico y pala, hasta otras más especializadas. El desarrollo de la arqueología mexicana en el momento era muy menor, de manera que Batres y el equipo que formó tuvieron que aprender e, incluso, experimentar sobre la marcha. Así, bajo la dirección de Batres, hicieron de Teotihuacán un auténtico laboratorio

¹⁴⁶ Batres, “Las últimas exploraciones”, 1997, p. 302.

¹⁴⁷ AMST, Trabajo, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 5.

¹⁴⁸ *Ibid.*

arqueológico: aprendieron a organizar cuadrillas, a excavar, a armar terraplenes y a registrar hallazgos a partir de un trabajo sistemático y ordenado. Batres tenía que cumplir con las exigencias y condiciones de Porfirio Díaz —descubrir la pirámide del sol en un tiempo determinado— y lo logró con el apoyo de personal poco experimentado en la labor de excavaciones arqueológicas. Pero conforme la obra avanzaba, Batres tuvo que hacer frente a otros retos mayores, como el de la acumulación de escombros. Para solucionar este problema en un principio se utilizaron fletes y el material de desecho se colocaba en terrenos cercanos a la obra, pero este recurso fue pronto insuficiente.

II.2.3. El ferrocarril: el transporte de tierra y escombros

Al comenzar los trabajos de desmonte, Batres debió hacer frente a un problema mayor: la acumulación de grandes cantidades de escombros y la gran dificultad técnica de su traslado fuera de la zona arqueológica. Desde 1905, cuando empezaron las labores de excavación, la Secretaría de Educación Pública y Bellas Artes debió pagar grandes sumas de dinero por arriendo de terrenos en donde se acumulaban la tierra y las piedras del desmonte, así como por fletes para el transporte, desde San Juan Teotihuacán hasta las pirámides, de herramientas y materiales. Estos últimos se cargaban y distribuían en carros tirados por caballos o en mulas, cuyo alquiler resultaba también oneroso para la Secretaría.¹⁴⁹

En 1907, Batres reportó que era necesario remover y transportar a lo largo de 3 km el escombros acumulado a los lados de la pirámide del sol.¹⁵⁰ En ese momento sólo se disponía de 1 km de vía férrea de 60 cm de ancho y un número de contenedores rodantes que no era suficiente. Batres requería una vía de tracción de vapor con sus respectivos carros para despejar el campo de operaciones; solicitó una locomotora, “3.5 km de vía angosta o ancha y todos los accesorios, así como ocho plataformas y una máquina”.¹⁵¹ El director de la

¹⁴⁹ Batres, “Las últimas exploraciones” 1997, p. 320.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 322.

¹⁵¹ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 1.

Compañía de Ferrocarriles Nacionales, Guillermo de Landa y Escandón, accedió a ayudar a Batres.¹⁵²

Pero la cantidad de escombros superaba la capacidad que se tenía para removerlos. Así que de 1905 a 1907 se negoció con los ingenieros contratistas Santa Cruz y Olivier la construcción de un ramal de ferrocarril de vía ancha que conectara con el Ferrocarril Mexicano, “a un kilómetro más o menos de la estación de San Juan Teotihuacán, que llegara hasta el pie de las pirámides”.¹⁵³ Dicho ramal distaría unos 4 km del punto de entronque con la línea del Ferrocarril Mexicano, por lo que se hicieron los arreglos necesarios con la Compañía de Ferrocarriles Nacionales y la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas para poder movilizar tierra y escombros.¹⁵⁴

El proyecto era bueno, pero de momento tuvo que posponerse. Los contratistas pedían a cambio de la prestación del servicio “toda la piedra que, producto de las excavaciones, se le hubiera quitado y se les quitara a las pirámides”.¹⁵⁵ Diferencias a nivel de gobierno impidieron que el contrato pudiera llevarse a cabo. Efectivamente, la Secretaría de Hacienda se opuso a que la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes dispusiera de la piedra “que era propiedad de la Nación” y negocia con ella una concesión de ferrocarril.¹⁵⁶

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 3.

¹⁵⁴ *Ibid.*

¹⁵⁵ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 4.

¹⁵⁶ *Ibid.*

En realidad, el verdadero proyecto de Batres era contar con una línea de ferrocarril para uso exclusivo del proyecto y poder sacar así, a su propio ritmo, los escombros de la zona arqueológica. A finales de 1907, las secretarías de Hacienda y Obras Públicas permitieron el inicio de la construcción de tal obra, la que sería financiada por el propio gobierno federal. En 1908, Batres apremió a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para que el ferrocarril se construyera lo más pronto posible.¹⁵⁷ Para ese momento, la pirámide del sol estaba ya totalmente descubierta y casi consolidada, pero aún existía una gran cantidad de escombros acumulados a su alrededor, el cual equivalía a una cantidad similar a la que ya se había transportado y que ascendía a cerca de 800 000 m³ de tierra y material.¹⁵⁸



Imagen 2. “Exploraciones en la pirámide del sol”, En busca de la Pompeya Mexicana, 1908, p. 124.

En la fotografía (imagen 2) se observa en primer plano a la derecha escombros a pie de la pirámide del sol, en segundo plano a la izquierda dos trabajadores empujando un carrito, para transportar escombros, sobre las vías del ferrocarril. Cuando quedó descubierta la pirámide, y uno de los problemas fue la acumulación de escombros, los peones se dividieron en grupos, algunos se encargaron de terminar de excavar y otros de retirar el escombros; las vías del ferrocarril fueron muy útiles para facilitar su traslado, pues llegaban hasta el pie de la pirámide del sol. En la fotografía se puede observar un grupo de 13

¹⁵⁷ Batres, “Las últimas exploraciones”, 1997, p. 320.

¹⁵⁸ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 1, exp. 1.

excavadores terminando de descubrir la pirámide y a un costado, montado en un caballo Leopoldo Batres, quien se encontraba dirigiendo la excavación y el retiro de escombros.

La obra de construcción ferroviaria fue importante: constaba de “tres pies de ancho y era de tracción de vapor, estaría en condiciones de extraer 80 toneladas de escombros cada hora y llevarlos a un lugar lo suficientemente lejos para dejar ya despejados los monumentos” que habían salido a la luz.¹⁵⁹ Batres mismo había detallado las características que debía tener: el material rodante estaría compuesto de “una máquina de tracción de vapor que tiraba de diez plataformas con la capacidad de diez toneladas cada plataforma, haciendo el acarreo de cien toneladas por hora, además de cuarenta vagonetas y un kilómetro de vías portátiles Kepell destinado al desahogo de materiales producidos en lugares en que había de cambiar la vía”.¹⁶⁰ Como lo explica el arqueólogo Roberto Gallegos, estas máquinas fueron “las soluciones técnicas más ingeniosas para la arqueología mexicana y se utilizó por muchos años, hasta la introducción del motor de combustión interna en el trabajo arqueológico en el segundo lustro de la década de los años veinte”.¹⁶¹

El ferrocarril fue construido durante 1908. Como un gesto de apoyo a Batres, en los últimos días de octubre de ese año, el presidente Porfirio Díaz acudió de nuevo a Teotihuacán con el objetivo de inaugurar la línea férrea, costeadada en su totalidad por el gobierno federal. Según Batres, la vía tenía una longitud de 4 km: el ferrocarril “pasaba al salir por la estación del Mexicano, en las inmediaciones del pueblo de San Sebastián Chimalpa; contaba con una alcantarilla sobre el camino viejo a Otumba, convertido en arroyo, y seguía al oeste de la Ciudadela, por la calzada de los Muertos”.¹⁶²

Sin embargo, la construcción del ferrocarril no fue una empresa fácil. En la práctica, la obra costó una cantidad considerable de dinero público y mucho trabajo. Al principio, el ferrocarril no presentó obstáculos: sólo se necesitaban obras relativamente sencillas como un

¹⁵⁹ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1907, caja 1, exp. 2.

¹⁶⁰ Batres, “Las últimas exploraciones”, 1997, p. 328.

¹⁶¹ Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p. 132.

¹⁶² AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 1, exp. 3.

puente grande, otro chico y dos alcantarillas, según lo afirmó el propio Batres.¹⁶³ Pero al llevarlo a la práctica se presentaron dificultades, como lo fue el tener que “librar de un manto de roca dura y compacta que tenía una extensión de 150 m de largo por 6 m de ancho y 2 m de profundidad, que se interceptaba en el trazo al ejecutar las obras de nivelación en el terraplén”.¹⁶⁴ Un obstáculo como ese no fue menor. Batres informó entonces que: “No hubo más remedio que proceder a la voladura de la roca usando dinamita, pues todo el terreno de ese lugar, que había que franquear con la vía del ferrocarril, era de formación rocosa”.¹⁶⁵ En el documento referido aparece la primera mención sobre el uso de la dinamita por parte de Batres. Sin embargo, se atribuye al arqueólogo haberla utilizado para liberar no sólo el obstáculo al paso de la vía férrea, sino también, en otro momento, a parte de la pirámide del sol.

El ferrocarril no resolvió del todo el problema que significaba remover los escombros que se acumularon. El 27 de abril de 1910, a sólo cinco meses de inaugurarse el sitio arqueológico, Batres reportó a la Secretaría que era necesario construir otros tramos de vía, con el fin de continuar la labor de remoción de escombros. Estos nuevos tramos se requerían para permitir que, mientras un convoy descargara, el otro cargara. De no ser así, “sería imposible que para el Centenario pudiera yo acabar de descubrir totalmente la pirámide del sol sin llegar con la vía hasta el pie de la pirámide de la luna, como hubieran sido mis deseos, sino simplemente duplicar la que circula la pirámide, un tramo entre el puente del río San Juan y la Ciudadela”.¹⁶⁶

Finalmente, la remoción de los escombros no pudo lograrse en su totalidad. Grandes cantidades quedaron apiladas.¹⁶⁷ Pero la vía férrea construida para las obras arqueológicas fue útil a los poblados cercanos: después de la inauguración del sitio arqueológico, el servicio del ferrocarril fue abierto al público y no sólo para un trecho corto, sino en conexión con los trenes del Ferrocarril Mexicano. Los tramos de nueva vía férrea construidos para sacar el

¹⁶³ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 1, exp. 4.

¹⁶⁴ *Ibid.*

¹⁶⁵ Batres, “Las últimas exploraciones”, 1997, p. 333.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 335.

¹⁶⁷ AMST, Ferrocarril, Exploración al cerro de San Juan, 1908, caja 1, exp. 4.

escombros de la excavación beneficiaron a los habitantes de los pueblos de San Francisco Mazapa y San Martín de las Pirámides. La construcción del primer ferrocarril en Teotihuacán dio pie para la ampliación de este medio de transporte en la zona.

A pesar de dificultades y de no haber logrado sacar el escombros en su totalidad para las fiestas del Centenario, el gran apoyo político, logístico y financiero del gobierno federal hizo posible que el proyecto se llevara adelante con éxito: la exploración de Teotihuacán logró el cometido fijado cinco años antes. El trabajo arqueológico desarrollado en el contexto de una modernización en ascenso, impulsada por el régimen porfirista, permitió realizar trabajos extraordinarios con ayuda de tecnología moderna: la introducción del propio ferrocarril y de su locomotora de vapor permitió sacar gran parte del escombros de la zona arqueológica, lo que resultó avanzado para la época.

II.3. Arqueología e identidad

Teotihuacán fue declarada zona arqueológica desde 1907, bajo protección del gobierno federal. En la declaratoria de utilidad pública, el gobierno enfatizó dos elementos muy importantes. Primero: que los intereses nacionales eran eternos, frente a lo efímero de los intereses particulares; segundo: que el gobierno debía proteger y preservar el patrimonio cultural, en este caso los vestigios que yacían debajo de los terrenos de particulares, para evitar su deterioro.¹⁶⁸ Esta declaratoria formaba parte del compromiso del Estado mexicano con la construcción de un imaginario nacionalista en el que el pasado prehispánico ocupaba un lugar muy importante. El descubrimiento de la pirámide del sol con la declaración de Teotihuacán como zona arqueológica y la legislación expropiatoria que le siguió para poner dicha zona a cargo del gobierno federal formaron parte importante de ese discurso nacionalista que tanto interesó al régimen porfiriano.¹⁶⁹

El 7 de septiembre de 1910 se dieron por finalizadas las obras de Teotihuacán. El 8 de septiembre tuvo lugar en la ciudad de México la sesión inaugural del XVII Congreso de

¹⁶⁸ Gallegos, “Notas sobre Teotihuacán”, 1997, p. 153.

¹⁶⁹ Gallegos, “Notas sobre Teotihuacán”, 1997, p. 156.

Americanistas en el salón de actos de la Escuela Nacional de Ingenieros.¹⁷⁰ Ahí mismo se ofreció un banquete a cargo de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública y Bellas Artes.¹⁷¹ El 10 de septiembre, a las nueve de la mañana partió un nutrido grupo de más de 200 personas al sitio arqueológico de Teotihuacán. Encabezaron la comitiva Enrique Creel, secretario de Relaciones Exteriores, Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, embajadores de los Estados Unidos, Japón, China y España y un grupo de delegados del Congreso de Americanistas.¹⁷² El día se engalanó con la presencia del presidente Porfirio Díaz.

Durante el trayecto, los invitados recorrieron las cámaras, escalinatas y plataformas. Al llegar al pie de la pirámide del sol, la mayoría realizó el ascenso a la cúspide. El museo fue uno de los puntos de gran interés, donde estaban a resguardo esculturas, urnas, lápidas de ónix, gargantillas y collares, fragmentos decorativos, utensilios domésticos y de ornato, entre otros muchos objetos.¹⁷³ La visita culminó con un banquete ofrecido por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes al grupo de embajadores y americanistas, el cual tuvo lugar en el restaurant Gruta Porfirio Díaz.¹⁷⁴

La visita a Teotihuacán de tan prominentes personajes organizada por el gobierno nacional en el marco de los festejos del centenario de la independencia representaba la culminación de los trabajos de excavación iniciado cinco años atrás. La inversión de esfuerzos y recursos económicos había sido muy importante y daba sus frutos: el gobierno de Porfirio Díaz pudo vanagloriarse ante representantes de muchos países del mundo de las maravillas arquitectónicas de los antepasados de los mexicanos y de la riqueza cultural prehispánica. De esta manera, en el contexto de festejos de proyección internacional, la nueva zona arqueológica era puesta al servicio de la imagen de la patria ante el mundo.

¹⁷⁰ García, *Crónica Oficial*, 1911, p. 135.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 136.

¹⁷² *Ibid.*, p. 137.

¹⁷³ Sierra, 1984, “Centenario de la independencia”, p. 431.

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 432.

II.3.1. La historia y la arqueología al servicio de la patria

Durante las primeras décadas del siglo XIX, la arqueología como disciplina no se había definido con claridad; su objetivo y sus métodos de estudio parecían responder más a las inquietudes y retos que enfrentaba cada “explorador”, en particular, que a enunciados generales y a reflexiones sistemáticas en torno a modos de proceder para obtener los mejores resultados. Pero a partir de 1880 la arqueología mexicana recibió un impulso muy importante, definitivo.¹⁷⁵ En las últimas décadas del siglo se realizaron trabajos de excavación nunca antes emprendidos, a gran escala, que pusieron en prácticas formas de trabajo ordenadas y que darían pie a una arqueología más experta; uno de ellos fue el de Teotihuacán. Además, entre 1880 y 1910 se publicaron en México estudios sobre excavaciones de vestigios antiguos cuyo denominador común fue un enfoque científico positivista que favoreció la construcción de la arqueología como disciplina. Asimismo, fueron años en que extranjeros, de diversas nacionalidades y profesiones —diplomáticos, viajeros, anticuarios, científicos, exploradores—, vinieron al país y realizaron, con mayor rigor que antes, trabajos de exploración de vestigios antiguos que también representaban un aporte a la experiencia arqueológica mexicana.¹⁷⁶

El 8 de octubre de 1885 se había creado en México la Inspección General de Monumentos, como dependencia de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Fue la primera institución federal encargada del cuidado y la conservación de los monumentos y formó parte de ese esfuerzo de las últimas décadas del siglo XIX por darle un impulso importante a la arqueología en el país.¹⁷⁷ La Inspección tenía como objetivo proteger y preservar las ruinas arqueológicas y estuvo a cargo de Leopoldo Batres, desde su fundación hasta 1911. De alguna manera, la creación de esa Inspección representó un momento clave para la arqueología mexicana y el que fuera encabezada, de entrada, por un hombre comprometido con exploraciones de vestigios prehispánicos como Batres, constituyó también un hecho muy significativo para el desarrollo de esta disciplina en el país. Entre 1885 y 1911 se realizaron trabajos de excavación, restauración y conservación en las “zonas

¹⁷⁵ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 92.

¹⁷⁶ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 342.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 435.

de Palenque, Teotihuacán, Uxmal, Kabah, Izamal, Chichén-Itzá, Mitla, Xochicalco, Tula, Tajín, y en las zonas de Michoacán, Guerrero, Colima, Tamaulipas, Sonora, la Sierra Madre y Jalisco”, es decir, en más de la mitad del país.¹⁷⁸

A partir de 1905, el gobierno otorgó más presupuesto a la Inspección con la finalidad de que se llevaran a cabo trabajos de limpieza, restauración y conservación de las zonas arqueológicas del país. El destino principal de esos recursos fueron los trabajos en Teotihuacán. El gobierno federal asumió el compromiso de financiar esa magna obra: “el presupuesto fue de más de medio millón de pesos, un costo muy alto para la época”.¹⁷⁹ La erogación de recursos tan importantes se explica porque el sitio había sido elegido para mostrar al mundo la riqueza del pasado mexicano durante las celebraciones del centenario de la independencia.¹⁸⁰

Bajo la visión de progreso vista a través del pasado, el gobierno de Díaz impulsó la exploración de las ruinas arqueológicas, con sus descubrimientos elaboró un discurso político, con el cual esperaba lograr dos objetivos: a) consolidar una identidad nacional; y b) dar a conocer a México, en el extranjero, como un país heredero de una gran civilización, como las que se estaban descubriendo en Egipto y Grecia.

Este discurso gubernamental que buscaba presentar la grandeza del país en 1910 se puso de manifiesto en la conmemoración del centenario, desplegada en multitud de actos: inauguraciones de obras públicas, fiestas, banquetes, ceremonias, desfiles, publicaciones de obras conmemorativas, tanto históricas como literarias; discursos, erección de monumentos.¹⁸¹ El centenario se festejó en todo México. En las principales ciudades los actos programados fueron tan variados como en la ciudad de México: desfiles, inauguraciones de calles, monumentos, parques y escuelas; carreras, bailes, concursos de adornos, teatro y proyecciones de cine.¹⁸²

¹⁷⁸ Vela, *Arqueología*, 2014, p. 56.

¹⁷⁹ Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 8.

¹⁸⁰ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 449.

¹⁸¹ García, *Crónica Oficial*, 1911, p. 126

¹⁸² García, *Crónica Oficial*, 1911, p. 126.

El discurso nacionalista de la época y el uso de la historia durante los festejos del centenario daba un lugar especial a la cultura prehispánica. Sin embargo, ese uso de la historia antigua expuso una tensión política y social muy fuerte entre, por un lado, las elites políticas y sociales, así como las clases medias mexicanas y, por el otro, la población india del país. Verónica Zárate Toscano explica esta tensión a través de la dicotomía que ella plantea entre el indio muerto y el indio vivo. La exaltación de lo indio evidenciaba la preocupación por la mejoría del indio vivo, considerado el elemento “bárbaro” de la nación, que impedía el acceso al progreso.¹⁸³ En esos discursos visuales y escritos, se enfrentó a la realidad del indio pobre y marginado del presente y el indio del pasado glorioso que salía en su auxilio.¹⁸⁴ Aunque en realidad, ese “auxilio” no era tal, sino que constituían más bien una negación del indio real de fines del siglo XIX.

Efectivamente, durante las celebraciones del primer centenario, a los indios vivos se les despreció y se les impuso adoptar maneras y formas de la cultura occidental a través de varias estrategias. Por ejemplo, ante la proximidad de las fiestas se les “obligó a usar pantalón en lugar de calzón de manta, y se les impidió que entraran en la ciudad si no cumplían con ese requisito”;¹⁸⁵ y los “niños mendigos [muchos de los cuales eran indios] fueron sacados de las calles para no afean los eventos”.¹⁸⁶ El indio vivo era invisibilizado, mientras que el indio muerto fue objeto de enaltecimiento y culto. Esto quedó manifiesto en varios actos como la inauguración del Museo Nacional de Historia y Arqueología o la exploración de Teotihuacán, entre 1905 y 1910.

El uso de la historia en las celebraciones del centenario mostró el empeño del régimen en afirmar una identidad y una conciencia nacional. Desde las aulas, las conmemoraciones cívicas, museos y zonas arqueológicas, el Estado y las elites pretendían reforzar las nociones de patria y nacionalismo en el niño y en el adulto mexicano. El centenario fue una ocasión ideal para consolidar dicho objetivo.

¹⁸³ Zárate, “Los pobres en el centenario”, 2009, p. 19.

¹⁸⁴ Guedea, “La historia en los centenarios”, 2009, p. 26.

¹⁸⁵ Zárate, “Los pobres en el Centenario”, 2009, p. 11.

¹⁸⁶ *Ibid.*

II.3.2. Nacionalismo y arqueología

Los vestigios arqueológicos, al lado de la historia del pasado prehispánico, se asociaron con el nacionalismo que, en México, fue asumido por los liberales como una estrategia de construcción de la nación mexicana.¹⁸⁷

Durante el siglo XIX se expandió un nacionalismo cada vez más radical. De nueva cuenta, los historiadores de este periodo buscaban raíces y tradiciones en el pasado indígena remoto, en las civilizaciones de la antigüedad prehispánica. En suma, su objetivo era restaurar a una nación “gravemente quebrantada”.¹⁸⁸ La enseñanza de la historia fue una herramienta básica para enraizar la ideología nacionalista. Así, a partir de 1890, las lecciones de historia patria tuvieron un enfoque definido: “debían ensalzar las ideas de patria, patriotismo, nacionalismo, integración y unidad nacional; la formación de buenos ciudadanos, hombres honestos, limpios, trabajadores, respetuosos de las instituciones y del presidente de la República”.¹⁸⁹ Pero, por sobre todas las cosas, en su calidad de futuros ciudadanos, los niños debían amar a la Patria.¹⁹⁰

Los positivistas consideraban “el progreso de la nación como un objetivo básico, pues era obvio que el país se hallaba en el atraso” debido a la belicosa época de su afirmación nacional.¹⁹¹ De manera especial, el grupo de “los científicos retomó también la ideología nacionalista como una de las varias estrategias para lograr una posición entre las naciones del mundo”.¹⁹² Aunada a la enseñanza de la historia estaba la consolidación de la arqueología como ciencia que conjuntaba la versión glorificada del pasado prehispánico con la nación mexicana de aquel presente. En otras palabras: “la arqueología entendida como la disciplina encargada de la acumulación sistemática de objetos antiguos y de su interpretación a la luz

¹⁸⁷ Trueba, *Teotihuacán Ciudad*, 2017, p. 143.

¹⁸⁸ Keen, *La imagen azteca*, 1984, p. 420.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 421.

¹⁹⁰ Menéndez, “Funciones sociales”, 2006, p. 86.

¹⁹¹ Rufer, *La nación en escenas*, 2010, p. 33.

¹⁹² *Ibid.*, p. 34.

de las fuentes históricas se ofreció como la actividad proveedora infalible de identidad nacional”.¹⁹³

En suma, uno de los objetivos principales del nacionalismo decimonónico liberal, de la generación anterior —recogido como herencia durante la gestión porfirista— fue el rescate de sitios arqueológicos, magna herencia de las culturas prehispánicas de México. Como lo explica Adriana Pérez Soto: “el propósito de elaborar una imagen progresista y civilizada en estas latitudes mexicanas puso a funcionar un enorme mecanismo histórico, que, a partir del contacto entre los engranes del pasado y del futuro, dispensaba la idea conveniente del presente.”¹⁹⁴

Sin embargo, la realidad del indio del siglo XIX estuvo divorciada del grandioso pasado precolombino. En palabras de Agustín Basave, el gobierno porfirista “mantenía un nacionalismo teórico y un malinchismo práctico”.¹⁹⁵ No obstante, esta realidad, el gobierno y la élite intelectual porfirista ignoraron a los indios vivos y glorificaron a los indios muertos. Es más, se dieron enfrentamientos graves con los indígenas, sufrieron persecuciones, represión, deportaciones.¹⁹⁶

En el contexto de la deseada modernización de México, tomando como modelo civilizatorio el de las naciones europeas, la arqueología mexicana tuvo un papel muy efectivo. Constituyó la base de la modernidad de la nación, con su referente en el pasado histórico del país, aunque esto sólo fuera de cara al exterior.¹⁹⁷ De ese modo, las concepciones nacionalistas y positivistas fueron plasmadas en las palabras de Justo Sierra, al referirse a los sitios arqueológicos prehispánicos de México como un valioso activo cultural de la nación y un medio para su promoción en el exterior:

En las fronteras del arte y la historia está la arqueología y pensemos que, si a los ojos del mundo somos un pueblo de segunda o tercera categoría en vía de formación ya normal, e interesante por esto, desde el punto de vista arqueológico somos una entidad de primer orden, apenas inferior al grupo maravilloso que fue cuna de la civilización

¹⁹³ Pérez, “Arqueología y nacionalismo”, 1999, pp. 78-79.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 170.

¹⁹⁵ Basave, *México mestizo*, 2016, p. 75.

¹⁹⁶ Keen, *La imagen azteca*, 1984, p. 427.

¹⁹⁷ Pérez, “Arqueología y nacionalismo”, 1999, p. 151.

general. Por eso son tan visitados y estudiados nuestros aún pobres museos de riqueza y organización incipientes.¹⁹⁸

En este sentido, si bien la arqueología no fue la única estrategia para promover a México en el exterior, la razón de su utilidad residió en la importancia que esta disciplina tenía en Europa, que había coadyuvado al afianzamiento y el dominio europeos.¹⁹⁹ De este modo, mediante la promoción del gobierno mexicano y la participación de México en varios eventos, como las exposiciones mundiales y otros, se acrecentó un notable interés de Europa y los Estados Unidos por los objetos arqueológicos de las sociedades prehispánicas.²⁰⁰

En el caso de Teotihuacán, los observadores extranjeros, europeos o estadounidenses comprendieron la gran importancia de los trabajos de exploración no sólo por su valor arqueológico, sino también por su sentido nacionalista, pues rescataban un pasado que era atributo común de todos los mexicanos, un origen grandioso, cuyo legado cultural podría ser disfrutado por los mexicanos del siglo XX.

La exploración de 1905-1910, dirigida por Leopoldo Batres fue la primera expedición arqueológica realizada a gran escala, en los monumentos prehispánicos. Como lo prometió Justo Sierra el gobierno otorgó gran apoyo financiero, que, si bien no alcanzó para cubrir todos los requerimientos de Batres, fue suficiente para cumplir con el objetivo: descubrir la pirámide del sol. Además, el presupuesto fue alto comparado con el resto de los descubrimientos de monumentos precolombinos de la última mitad del siglo XIX y principios del XX, los cuales, en su mayoría eran financiados con recursos privados.

A pesar de que el objetivo fue excavar la pirámide del sol, durante la exploración fue inevitable ignorar el resto de templos prehispánicos en Teotihuacán, por esta razón, en 1909 “se hicieron pequeñas excavaciones en muchos lugares, una de estas permitió descubrir varios basamentos, además de aposentos revestidos de pinturas murales”.²⁰¹ Las exploraciones de 1905- 1910 significaron un parteaguas para la arqueología mexicana, pues fueron las primeras en realizarse con apoyo gubernamental. Sin embargo, solo representaron

¹⁹⁸ Sierra, “Exportación arqueológica”, 1948, p. 315.

¹⁹⁹ Pérez, “Arqueología y nacionalismo”, 1999, p. 160.

²⁰⁰ Guedea, “La historia en los centenarios”, 2009, p. 34.

²⁰¹ Trueba Lara, *Teotihuacán ciudad*, 2017, p. 162.

un descubrimiento de un área pequeña. Conforme a Delgado los trabajos de excavación “no fueron más que aproximadamente 7% del total de la zona arqueológica, el restante 93% subyacía enterrado bajo los poblados que se asientan en la zona”.²⁰² A pesar del bajo porcentaje que representó la excavación, ésta impulsó el resto de exploraciones de inicios del siglo XX.

En el porfiriato el Estado mexicano financió los trabajos arqueológicos con recursos públicos, teniendo como telón de fondo el reforzamiento de la unidad nacional y la mexicanidad, uno de cuyos pilares fue la admiración y el respeto por las culturas precolombinas. La finalidad del Estado no era, tanto, aumentar los conocimientos sino crear, “por medio de excavaciones y restauraciones de relevantes edificios motivos de orgullo nacional, una mayor afinidad con el pasado propio”.²⁰³

Uno de los objetivos del proyecto de excavación teotihuacano fue convertir al lugar en un sitio arqueológico, es decir que fuera visitado por nacionales y extranjeros. Esto causó la afluencia de muchos visitantes en la zona, y también modificó la vida y trabajo de las personas que habitaban cerca, quienes aprovecharon para fabricar ídolos falsos y venderlos, de esta manera el “63% de los trabajadores de la tierra se convirtieron en alfareros y artesanos”.²⁰⁴

²⁰² Delgado, “Teotihuacán: problemas”, 2008, p.16.

²⁰³ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 141.

²⁰⁴ Delgado, “Teotihuacán: problemas”, 2008, p. 37.

Capítulo III. Los especialistas contra Batres

Serví a mi patria y a la ciencia consagrado por
espacio de treinta años a la arqueología nacional.

Leopoldo Batres

El tiempo en que Leopoldo Batres estuvo al frente de la inspección de monumentos recibió halagos a su trabajo, pero también, se desataron controversias y críticas. El primer gran crítico de la obra de Batres fue Alfredo Chavero, quien lo cuestionó antes del inicio del descubrimiento de la pirámide del sol en Teotihuacán.

Después de la salida del presidente Porfirio Díaz del país Batres fue destituido de su cargo de inspector, y se exilió en Barcelona. Mientras estuvo fuera de México, las críticas contra su trabajo empezaron a salir a la luz. Una de las controversias más graves la sostuvo Manuel Gamio y fue la suscitada en torno a las técnicas utilizadas y los trabajos realizados por el inspector en Teotihuacán.

En este capítulo destacaré estas dos polémicas que sostuvo Leopoldo Batres con Alfredo Chavero y Manuel Gamio; el análisis se realizará teniendo como fondo la instauración y los avances de la arqueología mexicana, sus métodos y sus resultados, en un contexto histórico determinado: el porfiriato y la revolución mexicana.

III. 1 Los polemistas

Leopoldo Batres es reconocido por la historiografía como el arqueólogo oficial del porfiriato y pionero de la arqueología mexicana.²⁰⁵ Durante el periodo en que Batres estuvo a cargo de la Inspección de Monumentos, su trabajo fue elogiado y obtuvo la condecoración de comendador de la Imperial Orden de Águila Roja de Prusia.²⁰⁶ Sin embargo, también fue cuestionado, por arqueólogos y otros profesionistas más jóvenes e, incluso, por algún historiador de su misma generación. Dos de los personajes que criticaron con fuerza la labor

²⁰⁵ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 253.

²⁰⁶ Matos, *Las piedras negadas*, 1998, p. 53.

arqueológica de Batres y con quienes sostuvo polémicas importantes fueron Alfredo Chavero, quien criticó el trabajo de Batres en los años en que fue inspector, y el arqueólogo Manuel Gamio, en la década de 1920.

El primero de ellos, Alfredo Chavero fue un reconocido historiador –uno de los colaboradores de la primera gran historia nacional coordinada por Vicente Riva Palacio publicada en 1884: *México a través de los siglos*–,²⁰⁷ a la par de político liberal de larga trayectoria. Su incursión en la política se remontaba a los años de la intervención francesa y a su labor al lado de los presidentes Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada; más adelante llegó a ser regidor de la Ciudad de México, diputado federal y Magistrado del Tribunal Superior. Chavero se había formado como abogado, en el Colegio de San Juan de Letrán, pero luego había hecho carrera como escritor y político. Fue redactor del periódico *El Siglo Diez y Nueve*, dramaturgo y autor de múltiples obras de historia antigua –entre ellas se cuenta su *Historia antigua y de la conquista*–;²⁰⁸ en 1903 fue nombrado director del Museo Nacional y también secretario perpetuo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE).²⁰⁹

El otro crítico de la obra de Batres, Manuel Gamio, era para entonces un arqueólogo con cierto prestigio y cercano a los gobiernos revolucionarios; pertenecía a una generación posterior a la de Batres, y tenía una formación distinta que incluía estudios en Estados Unidos.²¹⁰ Gamio había comenzado sus estudios superiores en la Escuela Nacional de Ingenieros, en la ciudad de México, pero los había abandonado por su escaso interés por las matemáticas y la física.²¹¹ En esa escuela conoció a Pastor Rouaix y a Fortunato Dosal, quienes llegaron a ser, durante el gobierno revolucionario de Venustiano Carranza, secretario y subsecretario de la Secretaría de Fomento. Desde sus posiciones de gobierno, estos condiscípulos de Gamio lo apoyarían años más tarde cuando ocupó la Dirección de la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos.²¹²

²⁰⁷ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 135.

²⁰⁸ *Ibid.*, p.134.

²⁰⁹ Rico, “Alfredo Chavero”, 1953, p. 205.

²¹⁰ Leopoldo Batres había nacido en 1852, Gamio en 1883.

²¹¹ González, *Manuel Gamio. Una lucha*, 2003, p. 32.

²¹² Comas, “Estudio preliminar”, 1993, p. 27.

Al abandonar los estudios de ingeniería, en 1906, Gamio había continuado su formación primero en el Museo Nacional, en donde se impartían clases de antropología, etnografía, náhuatl e historia prehispánica;²¹³ luego en la Universidad de Columbia, en Nueva York.²¹⁴ Los estudios de Gamio en Columbia se extendieron de 1909 a 1911, durante los cuales cursó asignaturas de antropología, lingüística y arqueología.²¹⁵ Su profesor titular fue el antropólogo estadounidense Franz Boas, quien le impartió clases de etnografía y lenguas americanas; de arqueología su profesor fue, el arqueólogo Marshall H. Saville. Ambos profesores realizaron investigaciones en el área de Mesoamérica. Como parte de su formación de esos años, Gamio participó en una expedición a Ecuador, respaldada por el Museo del Indio Americano y la Universidad de Columbia. En 1911 obtuvo el grado de *Master in Arts* por la Universidad de Columbia y regresó a México. De vuelta en el país se incorporó primero al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, como profesor de Arqueología Práctica; luego a la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas (EIAEA) y a la Inspección de Monumentos.

La Escuela Internacional de Arqueología (EIAEA) había sido fundada en México a principios de 1911, por iniciativa de los arqueólogos estadounidenses con quienes Gamio había estudiado en la Universidad de Columbia.²¹⁶ Fue una escuela importante para el desarrollo de la arqueología mexicana y Gamio tuvo un lugar como docente en ella. Efectivamente, la Escuela se había propuesto impulsar la investigación lingüística y etnográfica, pero también arqueológica: búsqueda de nuevos materiales, así como conservación y registro de sitios.²¹⁷ Desde su inicio, la Escuela trabajó en el campo arqueológico con el estudio de la estratigrafía, una nueva metodología que permitía definir

²¹³ Los cursos que tomó Gamio se habían establecido de manera reciente, en 1905, por mandato del secretario de Instrucción Pública, Justo Sierra. González, *Manuel Gamio. Una lucha*, 2003, p. 33.

²¹⁴ La antropóloga estadounidense Zelia Nutall, a quien conoció a Gamio en Zacatecas, lo apoyó para obtener una beca y estudiar en la Universidad de Columbia a partir de 1909. Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, p. 29.

²¹⁵ González, *Manuel Gamio. Una lucha*, 2003, p. 44.

²¹⁶ Boas logró obtener el apoyo del gobierno mexicano para la creación de la Escuela y, además de la colaboración de las universidades de Harvard y Pennsylvania, la participación de la Universidad de Columbia. Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, p. 52.

²¹⁷ Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, p. 53.

cronologías precisas a partir del estudio de las capas o estratos de la tierra y establecer secuencias culturales.²¹⁸

El mismo año en que Gamio obtuvo su posición docente en la EIAEA, fue nombrado Inspector Auxiliar de la Inspección de Monumentos y dedicó sus mayores esfuerzos a las tareas de la Inspección.²¹⁹ En 1913 la Inspección de Monumentos fue anexada al Museo Nacional y el puesto de inspector se dividió en cuatro inspecciones, cada una responsable de un área geográfica del país en particular.²²⁰ Gamio se encargó de la zona centro, que comprendía la Ciudad de México, y los estados de México, Hidalgo, Morelos, Puebla y Tlaxcala, lo que le permitió iniciar en 1914 excavaciones en Teotihuacán.²²¹

Los resultados de las investigaciones de Gamio realizadas en Teotihuacán durante los años en que desempeñó el puesto de inspector fueron publicados en 1922 en el libro *La Población del Valle de Teotihuacán*. Algunas de las críticas que hizo a Batres fueron presentadas en esa obra. Gamio hizo críticas propias en este libro, a la par que recogió algunas expresadas por el arquitecto Ignacio Marquina, quien había participado en las exploraciones que realizó Gamio en Teotihuacán. Con una perspectiva arquitectónica sobre el sitio, Marquina también criticó a Batres, incluso lo acusó de desfigurar y destruir basamentos.

Ignacio Marquina había sido convocado por Manuel Gamio para realizar los registros topográficos y arquitectónicos, así como para participar en la excavación de los edificios en Teotihuacán.²²² El arquitecto no tenía experiencia en las actividades que se le encomendaron,

²¹⁸ Se denomina estratigrafía al estudio de las capas o estratos de la tierra. Cada capa tiene una edad diferente, esto permite que el arqueólogo pueda establecer una cronología y datar el material encontrado. Harris, *Principios de estratigrafía*, 1979, p. 13. Boas, *Archaeological investigations*, 1912, p. 17.

²¹⁹ Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, p. 83.

²²⁰ 1) zona peninsular (Yucatán, Campeche, Quintana Roo), 2) zona Istmica (Oaxaca, Veracruz, Guerrero), 3) zona norte (Michoacán, Colima, Jalisco, Sonora, Sinaloa, Durango, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo León, Zacatecas, Aguascalientes, Querétaro, Guanajuato) y 4) zona centro (Ciudad de México, Estado de México, Hidalgo, Morelos, Puebla, Tlaxcala Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, pp. 85-86.

²²¹ Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, pp. 85-86.

²²² Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 479.

²²² Marquina, *Memorias*, 1994, p. 29

por lo cual inicialmente parecía un encargo que sobrepasaba sus capacidades.²²³ A pesar de su poco conocimiento sobre la práctica arqueológica, Gamio le indicó: “vaya usted a Teotihuacán, vea los monumentos, y como arquitecto escriba usted lo que le parezca interesante”.²²⁴ Así lo hizo Marquina, recorrió la ciudad y con un plano topográfico logró hacerse una idea de la simetría del lugar, y pronto comenzó sus exploraciones.²²⁵

A partir de sus recorridos y levantamientos topográficos, Marquina formuló sus propios cuestionamientos a los trabajos de exploración dirigidos por Leopoldo Batres: señaló lo que, en su opinión, habían sido graves errores de interpretación de Batres y que habían ocasionado pérdidas irremediables de parte de los vestigios.²²⁶

Los cargos imputados por Marquina eran graves y se sumaron a la ola de críticas en contra del exinspector: mala reconstrucción de la pirámide del sol, falta de registro de los objetos descubiertos y de las pinturas, ausencia de mecanismos de conservación de los frescos y de limpieza en el manejo del escombros, destrucción de varios montículos debido al paso del Ferrocarril Pirámides.²²⁷

III. 2 Controversia Batres-Chavero

La confrontación Batres-Chavero, se desarrolló en el tiempo en que Batres estuvo al frente de la Inspección de Monumentos y tenía que realizar trabajos arqueológicos. Los principales reclamos a Batres fueron por haber llevado a cabo trabajos de exploración sin el cuidado suficiente para garantizar la conservación de los vestigios y por dar afirmaciones que el historiador consideraba erróneas.

El primer enfrentamiento Batres-Chavero se produjo en la década de 1880, en torno a la manera en que se efectuó el traslado de la Piedra del Sol y lo que esta monumental escultura significaba. Esta pieza se movió en 1885 de la Catedral Metropolitana al Museo Nacional. Leopoldo Batres, en su cargo de inspector de monumentos, fue el comisionado para trasladar

²²³ *Ibid.*

²²⁴ *Ibid.*, p.30.

²²⁵ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 87.

²²⁶ *Ibid.*, pp. 87-88.

²²⁷ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 502.

la Piedra del Sol –conocido entonces y por mucho tiempo como el Calendario Azteca– del lugar que ocupaba en la torre poniente de la catedral metropolitana al Museo Nacional en la calle de Moneda.²²⁸ Algunas noticias periodísticas dieron razón del traslado. Por ejemplo, *El Monitor Republicano* informaba:

El que todos conocen situado al pie de una de las torres de la catedral desaparecerá en estos días de aquel sitio para ser trasladado al museo nacional, queden así entendidos que los que preguntan a toda hora del día que se va a hacer con el Calendario.²²⁹

El tema del traslado causó inquietud entre los habitantes de la Ciudad de México, de ahí notas como las de este periódico. Pero este cambio de espacio fue importante: marcó una nueva etapa para el estudio de las civilizaciones precolombinas, pues el museo no sólo fue un buen lugar para el resguardo de los objetos del pasado, sino lo fue también para su mejor conocimiento. Desde luego que el traslado fue complicado y, en opinión de algunos, no se llevó a cabo de la mejor manera. Así describe el arqueólogo Leonardo López Luján, en un trabajo reciente, el modo en que Batres movió la pieza:

Después de meditaciones e ingeniosos aparatos y un presupuesto de 2000 pesos, resolvían qué bajo todas estas condiciones y construyendo una vía férrea desde el lugar a donde estaba colocado el Calendario hasta el interior del museo nacional, se atrevían a llevar a cabo tan difícil como peligrosa operación. Cinco maestrenceros y una fagina de 20 soldados que se turnaban de diversos batallones fueron suficientes para que en un lapso de 15 días quedara el traslado del monolito al museo nacional.²³⁰

El hecho de que Batres haya empleado al ejército para el traslado de la pieza fue cuestionado en su momento, pues los soldados no tenían ningún entrenamiento para las tareas arqueológicas.²³¹ El principal crítico de esta operación fue Chavero, precisamente, junto con otros dos reconocidos historiadores: José María Vigil y Francisco del Paso y Troncoso, a quienes se encargó estudiar la piedra.²³² Además de criticar el método de traslado, Chavero acusó a Batres de erróneas interpretaciones acerca del significado de la

²²⁸ *Ibid.*, p. 352.

²²⁹ “El calendario azteca”, *El Monitor Republicano*, 29 de Julio de 1885, p. 2.

²³⁰ López, “El adiós y triste queja”, 2008, p. 79.

²³¹ Normalmente para el traslado de piezas y labores arqueológicas se auxiliaba de peones o albañiles.

²³² Chavero, “La Piedra del Sol”, 1882, p. 53.

pedra: el inspector aseguró que la pieza sostenía un carácter de calendario, mientras que Chavero afirmó que el Calendario Azteca debía ser nombrado como Piedra del Sol²³³:

Es absurdo llamar calendario cuando es una piedra votiva dedicada al sol en la cual se esculpieron las diversas manifestaciones del astro de la luz, ya astronómicas, ya cosmogónicas, ya en relación con la cosmogonía, ya en relación con la teogonía y con los mitos de los antiguos mexicanos. La cara central es el dios-astro irradiando su luz sobre la tierra, lo que se figura con la lengua que sale de sus labios.²³⁴

Otra controversia entre estos dos personajes se desarrolló en torno al traslado del monolito de piedra de la diosa del agua, encontrado en Teotihuacán por Brantz Mayer. El monolito estaba ubicado en la plaza de la pirámide de la luna, y de ahí fue trasladado al Ferrocarril Central, que transportó la pieza hasta la estación de ferrocarril de Buenavista. Después fue llevada al Museo Nacional. Al igual que con la Piedra del Sol, a Chavero le molestó el método de traslado, pues se había vuelto a emplear al ejército.²³⁵ Ante esta crítica Batres se justificó exponiendo que no había habido otra manera, pues el monolito pesaba 22 toneladas.²³⁶

Acerca del empleo del ejército para realizar labores de traslado de esculturas prehispánicas, el antropólogo Luis Vázquez León argumenta que la formación militar de Batres justificaba sus acciones, “su experiencia militar lo llevó a que en sus trabajos estuviera presente el ejército, más sencillo recurrir a algo conocido que hiciera de manera disciplinada y veloz el trabajo”.²³⁷

Una tercera polémica entre Batres y Chavero se desató con respecto a cómo interpretar lo que representaba una pieza antigua: la llamada “ídolo de Coatlinchan”, encontrada en las proximidades del pueblo de Coatlinchán, perteneciente al municipio de

²³³ La propuesta de Chavero acerca de la monumental escultura fue confirmada por López Luján quien señaló que “todo parece indicar que la Piedra del Sol, incorrectamente conocida como Calendario Azteca, fue tallada a principios del siglo XVI a partir de un bloque extraído del pedregal de San Ángel”.²³³ Con esto se reafirmó lo expuesto por Chavero y se aclaró que Batres estaba equivocado en su concepción que tenía sobre la piedra.

²³⁴ Chavero, “La Piedra del Sol”, 1882, p. 5.

²³⁵ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 354.

²³⁶ *Ibid.*, p. 355.

²³⁷ Vázquez, “Hobbes en la metáfora”, 1996, p. 132.

Texcoco. Desde su descubrimiento, la piedra originó polémicas respecto a su significado. Uno de los especialistas principales en comentar acerca del significado de la deidad fue Alfredo Chavero, quien abogaba por la idea de que el ídolo era la diosa Chalchiuhtlicue, mientras que Leopoldo Batres se inclinaba por nombrarlo Tlaloc.²³⁸

Cuando Chavero escribió la parte de la historia antigua del *México a través de los siglos*, aprovechó para asentar su opinión acerca del “ídolo de Coatlinchan” al que dio el nombre de Chalchiuhtlicue:

Simbolizóse esto de Coatlinchán levantando en la cañada del agua, que se forma por dos altas montañas entre las cuales corre la que baja de los altos montes que por ese lado rodean el Valle, siendo el principal el de Tlaloc, y que dirige su curso al lago de Texcoco, una estatua colosal de Chalchiuhtlicue, de 7 metros de altura, 3'80 de ancho y 1'50 de espesor, que es el ídolo antiguo más grande que conocemos. Desgraciadamente tiene destruidas las manos y estropeado el rostro, y yace tirada en la barranca, maltratada por las mismas aguas de que en otro tiempo fue deidad. Tiene el tocado que de costumbre se pone a la diosa, y que el señor Butler compara a la calántica de alguna estatua egipcia, pero cuyo origen entre nosotros debe tomarse de los dos monolitos que sostenían la plataforma del templo de la Cruz: lo que confirma la significación de esto como deidad de las lluvias. La parte superior del adorno de la cabeza presenta una excavación en forma de tina, de unos 50 centímetros de profundidad, que servía para depositar las aguas pluviales, como la taza superior del Tajín de Papantla. Tiene además el inmenso monolito en las manos un instrumento, que parece debía sonar soplando en él, y semejante a la estatua de Palenque.²³⁹

Cuando Batres leyó el apartado en el que Chavero afirmaba que el ídolo de Coatlinchán era Chalchiuhtlicue, lo acusó de confundir los sexos, y aseguró que la estatua pertenecía al sexo masculino y no al femenino, por lo tanto, se trataba de Tlaloc.²⁴⁰ Batres dedujo que la escultura era el dios de la lluvia, porque encontró restos infantiles a un costado del ídolo y este tipo de ofrenda se dedicaba a Tlaloc.²⁴¹

Además, Batres acusó a Chavero de contradecirse a sí mismo: por un lado, afirmaba que el ídolo tenía las manos destruidas, pero por otro decía que en sus manos sostenía un

²³⁸ Batres, *Contestación a la duplica*, 1905, p. 1.

²³⁹ Chavero, “Capítulo XIV”, 1882, pp. 663-664.

²⁴⁰ Batres, *Tlaloc? Exploración*, 1903, p. 5.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 10.

instrumento. Por ello, el inspector increpó: “Si no tenía manos, porque están destruidas, ¿cómo puede tener en ellas un instrumento?”²⁴² En general, Chavero cuestionaba la falta de cuidado con que Batres observaba y describía las piezas encontradas. Sucedió lo mismo con el color de la pieza: Chavero reclamaba que hubiera afirmado que la piedra era negra; Batres replicó en estos términos:

El Sr. Chavero dice que yo afirmo que el monolito de Coatlinchán es de piedra negra y que tiene un brazo roto, y él asegura que "ambos hechos son falsos." Voy a procurar desvanecer el cargo de falsario que tan gratuitamente me imputa el adolorido autor del diminuto cuaderno. Dije que el color de la piedra del monolito de Coatlinchán es gris oscuro; pero no que fuese una piedra negra como el azabache, y al calificarla de negra, fue siguiendo la costumbre que hay de llamarle negra a esa clase de roca que es de la misma calidad y color de la del Calendario azteca.²⁴³

Las discusiones entre Batres y Chavero acerca de la identidad de la deidad de Coatlinchán duraron décadas. En 1903 el inspector de monumentos volvería sobre el tema en su obra *Tlaloc? Exploración arqueológica del oriente del Valle de México*. En sus páginas continuó el debate con Chavero: habló de la polémica que había generado la identidad del ídolo y confirmó los argumentos que le habían hecho sostener que se trataba de una representación de Tlaloc.²⁴⁴

²⁴² *Ibid.*, p. 6.

²⁴³ Batres, *Contestación a la duplica*, 1905, p. 2.

²⁴⁴ Batres, *Tlaloc? Exploración*, 1903, pp. 5-6.

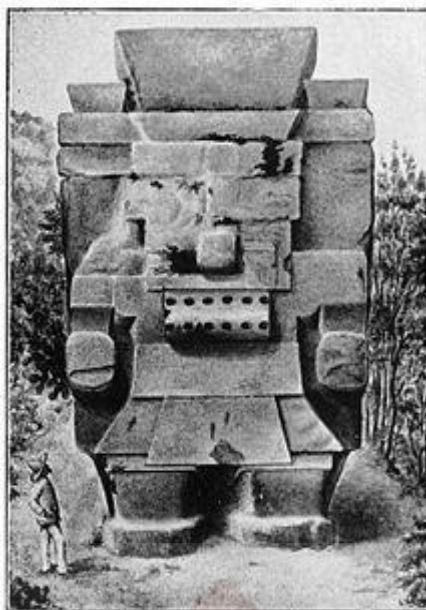


Imagen 3. José María Velasco, “Monolito de Coatlinchán”, *México a través de los siglos*, 1882, p. 662.

En el dibujo realizado por José María Velasco (Imagen 3) el monolito está en posición vertical, sin embargo, permaneció acostado hasta 1964, cuando se trasladó frente al Museo Nacional de Antropología e Historia, sobre la avenida Reforma de la Ciudad de México. La escultura mide 7 metros de altura, 4.41 metros de ancho, 3.92 de espesor y pesa 168 toneladas,²⁴⁵ las dimensiones colosales de la pieza pueden apreciarse en el dibujo: en primer plano a la izquierda se encuentra un hombre con sombrero que mira al ídolo; el tamaño de la pieza es tres veces mayor que el del hombre. El monolito tiene el rostro y las manos destruidas, efectivamente. Sin embargo, en su boca tiene 12 orificios, estos tenían un uso ritual: cuando llovía se llenaban de agua. Por esta razón Batres aseguró que se trataba de una deidad asociada a la lluvia, en su opinión, a Tlaloc.²⁴⁶

²⁴⁵ Matos, “¿Es Tláloc la escultura...?”, 2013, p. 88.

²⁴⁶ La controversia en torno a lo que representaba el ídolo de Coatlinchán alcanzó al Museo Nacional, cuyos arqueólogos dieron la razón a Batres por décadas. De esta manera, hasta 1960, el ídolo fue llamado Tlaloc. Sin embargo, con el traslado de la escultura en 1964, se volvió a abrir el debate y, hasta el día de hoy, no se ha podido determinar todavía si la escultura es una representación de Tlaloc o de Chalchiuhtlicue. Nadie niega su asociación con la lluvia, pero la dificultad estriba en que el dios de la lluvia tiene una contraparte femenina y los especialistas no acaban de saber si esta pieza corresponde a la parte masculina o a la femenina.

En 1902 en el XIII Congreso de Americanistas, llevado a cabo en Nueva York, fue el último escenario de la polémica Batres-Chavero. Este último aseguró en el congreso que los descubrimientos recientes en Monte Albán habían sido producto de los trabajos del arqueólogo Marshall Saville. Batres le replicó directamente a Chavero informándole que esos trabajos se habían llevado a cabo a través de la Inspección General de Monumentos Arqueológicos, a su cargo y financiados con fondos públicos.²⁴⁷

Batres y Chavero eran hombres ligados al régimen porfirista. Polemizaron en torno a cuestiones técnicas y científicas, es decir, a discrepancias de cómo conservar mejor las piezas antiguas y cómo interpretarlas. No parecen haber sido discusiones politizadas, sino de carácter estrictamente científico. Pero constituyeron debates duros, descalificadores incluso. Algunos cuyo fondo aún no ha sido resuelto, como el de la identidad del “Monolito de Coatlinchán”.

III. 3 Controversia Batres-Gamio

Leopoldo Batres tenía una formación y una experiencia en campo distinta a la de quienes fueron sus críticos tras la revolución. Batres había obtenido parte de su formación en Europa, no en Estados Unidos, como Manuel Gamio. Efectivamente, entre 1880 y 1883 había estudiado antropología en Francia y, a su regreso a México, antes de dedicarse en exclusiva a la inspección y exploraciones arqueológicas, había incursionado en actividades de compraventa de antigüedades que, aunque legales, no le ganaron el aplauso de sus posteriores censores.²⁴⁸ Efectivamente, un tiempo Batres ofertó públicamente la venta de piezas prehispánicas y, aunque la mayoría de ellas las vendió al Museo Nacional de México, algunas fueron a dar a colecciones privadas y salieron del país, como un códice zapoteca que adquirió el ministro del imperio alemán el barón Waecker Gotter.²⁴⁹

²⁴⁷ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 137.

²⁴⁸ Su abuelo Antonio Batres tenía una colección de material arqueológico, pues uno de sus pasatiempos era reunir piezas antiguas. Cuando su abuelo falleció, Leopoldo Batres vendió parte de las piezas.

²⁴⁹ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 435.

Desde finales de 1885 Batres se había desempeñado como cabeza de la recién creada Inspección General de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, puesto desde el cual realizó exploraciones en diversos sitios arqueológicos –“Isla de los Sacrificios, en la calle de las Escalerillas, en el centro de la Ciudad de México, Monte Albán, Mitla, Xochicalco, Cholula, El Tajín, Yucatán, Tabasco, Chiapas, Tula, Tamaulipas, Sonora”, aunque ninguna a gran escala como en Teotihuacán.²⁵⁰ Desde este cargo pudo desarrollarse como arqueólogo, pero también desde ahí entró en conflicto con otros arqueólogos.²⁵¹

Desde los primeros años que Batres ocupó el cargo de inspector tuvo discrepancias con colegas y autoridades locales. De alguna manera, la Inspección de Monumentos competía con la dirección del Museo Nacional, lo que producía fricciones y conflictos.²⁵² Asimismo, la esfera de acción del inspector de Monumentos Arqueológicos se amplió notablemente, puesto que los gobernadores y presidentes municipales debían de acatar los lineamientos de la Inspección de Monumentos en todo lo que tocaba a exploración y conservación de ruinas y vestigios antiguos.²⁵³

A principios del siglo XX, se realizaban en el territorio mexicano excavaciones bajo la dirección de la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos o bien por parte del Museo Nacional, además de las expediciones privadas que entonces eran permitidas. Sin embargo, cualquier investigación o excavación arqueológica tenía que acatar las reglas del inspector de monumentos, Leopoldo Batres.

El tiempo que Batres estuvo al frente de la Inspección de Monumentos fue de casi 26 años, de 1884 a 1911, durante el cual recibió reconocimientos y honores, aunque también se ganó enemistades. Dejó el cargo tras la salida del general Porfirio Díaz del país, destituido por el presidente interino, Francisco León de la Barra. Entonces se exilió un tiempo en Barcelona. Mientras estuvo fuera del país, recibió duras críticas a su trabajo arqueológico.

²⁵⁰ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 463.

²⁵¹ En aquellos años le fueron encomendados trabajos y comisiones de diversos tipos, no necesariamente asociadas al rescate de vestigios arqueológicos. Por ejemplo, en 1895 formó parte del grupo que tuvo a su cargo la medición e identificación de los cráneos de los héroes de la Independencia. Saucedo, *Los restos de los héroes*, 2012, p. 62.

²⁵² Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 477.

²⁵³ *Ibid.*, p. 493.

Desde el exilio envió cartas y escritos para defenderse de esos ataques y acusaciones. Cuando regresó a México, escribió unas memorias a manera de defensa. Las preparó entre 1925 y 1926, año de su muerte.²⁵⁴ Uno de sus más severos críticos fue el arqueólogo Manuel Gamio, con quien sostuvo una fuerte controversia.

La enemistad entre Manuel Gamio y Leopoldo Batres provenía del tiempo en que el primero era estudiante de arqueología y Batres era el inspector de Monumentos. En su calidad de inspector interrumpió unas excavaciones que llevaba a cabo Gamio en la zona arqueológica de Chalchihuites, estado de Zacatecas.²⁵⁵ Batres consideró que Gamio solo era un estudiante y no estaba listo para emprender una excavación.²⁵⁶ Sin embargo, la enemistad se incrementó a partir de 1920, cuando éste, ya como arqueólogo profesional y con Batres exiliado por la revolución, se hizo cargo de las nuevas exploraciones en Teotihuacán y escribió la obra *La población del valle de Teotihuacan*.²⁵⁷

En esta obra de Gamio se criticó el trabajo de Batres. Por ejemplo, se afirmó que entre 1884 y 1886 se habían encontrado dos pinturas en un templo de Teotihuacán, de las que únicamente quedaron los dibujos, pues no se hizo nada para asegurar su conservación.²⁵⁸ Ante esta acusación Batres respondió:

Nunca destruiría unos frescos, mi trabajo era cuidar los monumentos no destruirlos. Ni inicié entonces formales exploraciones en Teotihuacan, ni fueron por cuenta del gobierno, pues entonces la hacienda pública no contaba con más elementos que los estrictamente indispensables para sostener los más urgentes gastos de su administración. En esas condiciones precarias inicié mis trabajos, teniendo que sufragar yo mismo los gastos con los dineros que necesitaba para las necesidades de mi hogar.²⁵⁹

A pesar de esta respuesta que negaba la destrucción de los frescos, parece ser que, efectivamente, durante sus primeras exploraciones en Teotihuacán (1884-1886), Batres había encontrado unos frescos en un templo y no había logrado rescatarlos. En su obra

²⁵⁴ Batres, “Memoria en extracto de las exploraciones”, 1919, p. 4.

²⁵⁵ Bolaños, “La arqueología como ciencia”, 2007, p. 36.

²⁵⁶ Strug, “Manuel Gamio, La Escuela Internacional”, 1972, p. 220.

²⁵⁷ Gamio, *La población del Valle*, 1922.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 96.

²⁵⁹ Batres, “Algunas rectificaciones”, 1997, pp. 318-319.

Teotihuacán o la ciudad sagrada de los toltecas reconoció que había intentado desprender las pinturas para llevarlas al Museo Nacional, pero no había podido salvarlas. Solamente había logrado dibujarlas para conservar un registro de ellas.²⁶⁰ Con esa explicación Batres reconocía que sí había habido problemas con unos frescos. Por lo que toca al tema de quién había financiado esos trabajos arqueológicos, Batres negaba participación estatal. Decía que él mismo había tenido que sufragar los gastos. Esto último parece no haber sido exacto, porque esas excavaciones fueron apoyadas por el gobierno del Estado de México.²⁶¹

Batres también fue acusado de proporcionar informaciones erróneas acerca de la forma y materiales con que había sido construida la pirámide del sol. Sobre este tema, Gamio sostuvo que:

Las caras de la pirámide se hallaban revestidas de una capa de cal pulida y decoradas con frescos policromos que representaban pasajes histórico-religiosos; que no había construcciones de adobes; que los techos eran de argamasa de polvo de tezontle y yeso formando bóveda plana; que las habitaciones estaban compuestas de seis salas de forma cuadrangular, con la bóveda sostenida por seis pilastras cuyas paredes medían seis metros de alto.²⁶²

Gamio demostró en su obra que las afirmaciones de Batres sobre la composición material y artística de la pirámide eran equivocadas. A partir de 1917 Gamio se dedicó a estudiar la pirámide del sol y explorar el resto del sitio, por ello comprobó que lo dicho por Batres era incorrecto.

Otra de los reclamos de Gamio y contrarreplica de Batres fue acerca del trabajo de excavación en la pirámide del sol en 1905-1910:

En 1905 reanudó el señor Batres las exploraciones, disponiendo de toda clase de elementos, y comenzó la reconstrucción de la pirámide del Sol. Desgraciadamente tampoco en este caso se formó un plan general ni se hizo el plano detallado de los montículos que componen la ciudad. La pirámide fue desfigurada, pues habiéndole quitado una capa de siete metros de espesor en su lado Sur y de distintos espesores en los otros, y no habiendo sido trazadas las aristas, se advierten grandes irregularidades

²⁶⁰ Batres, *Teotihuacán o la ciudad*, 1889, p. 23.

²⁶¹ Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 96.

²⁶² Gamio, *La población del valle*, 1922, p. 106.

en su forma. En esta exploración los escombros tampoco fueron retirados del lugar, formándose grandes amontonamientos que, confundidos con los montículos antiguos, desfiguraron la topografía original. El Ferrocarril de las Pirámides, que comunica a la del Sol con la estación del Ferrocarril Mexicano, se hizo pasar por en medio de los monumentos, cortándolos en algunas partes.²⁶³

Gamio acusó a Batres de que, durante el descubrimiento de la pirámide del sol, hubiera reconstruido unas partes y desfigurado otras. Gamio consideró absurdo que Batres no hubiera dedicado el tiempo suficiente para estudiar la estructura de la pirámide, pues era la segunda vez que el inspector exploraba Teotihuacán.²⁶⁴ La arqueóloga Linda Manzanilla, en una obra muy posterior, ha confirmado que Batres realizó modificaciones en la pirámide y, para ahorrarse tiempo, utilizó herramientas que dañaron la fachada.²⁶⁵

Durante el tiempo en que Marquina trabajó con Gamio en Teotihuacán, se percató de que en la pirámide del sol había material que no era propio del periodo prehispánico, por ejemplo, cemento.²⁶⁶ Esta observación sugirió una intervención directa en la estructura de la pirámide del sol. Marquina fue más lejos todavía y, según testimonio recogido por Gamio, afirmó que:

Una vez que el señor Batres comenzó las exploraciones se valió de cualquier instrumento para concluir su trabajo y después reconstruyó la pirámide del Sol, según este le pareciera que era antes. No quedo registro de cómo era la pirámide por que el señor Batres no acostumbraba a hacer registros.²⁶⁷

Efectivamente, Marquina parece haber acusado a Batres de haber reconstruido la pirámide y de no haber dejado registros de cómo la había encontrado inicialmente. En el momento en que Marquina trabajó en Teotihuacán, el registro de materiales prehispánicos era práctica común de todo arqueólogo, no así en los tiempos en que Batres trabajó con la pirámide del sol. Por ello fue criticado, quizás sin mucha justificación.

²⁶³ *Ibid.*, p. 107.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 108-109.

²⁶⁵ Manzanilla, *Teotihuacán*, 1994, p. 69.

²⁶⁶ Durante el tiempo en que Batres fue inspector de monumentos, estaba permitido la restauración de los monumentos prehispánicos, con apoyo de la albañilería y materiales de construcción.

²⁶⁷ Gamio, *La población del valle*, 1922, p. 109.

Ante esta crítica, Batres respondió indignado. Se dirigió a Gamio, no a Marquina, porque era quien recogía la acusación en las páginas de su libro. Estas fueron las palabras de Batres:

Es totalmente falso lo que dice luego el señor Gamio. No hice tal reconstrucción, sino que descubrí toda la pirámide desde su base en sus cuatro caras. Desde luego, no tenía yo ninguna manera de trazar aristas, pues no iba a hacer la pirámide de nuevo sino presentar lo que los antiguos habían hecho, respetando la técnica original de los constructores. Si hubiera yo dejado sin acarrear los muchos millares de metros cúbicos de tierra y de escombros que produjeron las capas destruidas que cubrían las pirámides, se hubiera formado otra pirámide con el amontonamiento del material extraído y no un montículo como se cree.²⁶⁸

La reconstrucción de la pirámide del sol y la destrucción de monumentos a causa de la construcción de ferrocarril fueron las principales críticas a Batres. En este sentido, de acuerdo con el relato de Gamio, Marquina afirmaba que:

El señor Batres no tenía ningún conocimiento sobre la estructura de la pirámide del Sol, lo único que hizo fue mandar a peones a excavar y el no mostró interés por la pirámide. Tampoco realizó planos antes de intervenir en la pirámide, aunque era inspector solo le interesó concluir su trabajo así atravesó varios montículos para que pasara el ferrocarril.²⁶⁹

Las acusaciones fueron severas. Los conocimientos de Marquina sobre arquitectura le habían permitido, efectivamente, aportar un estudio topográfico del sitio, y en él se apoyó para criticar la práctica arqueológica de Batres, así como valorar el daño y repercusiones que sus intervenciones habían tenido en la pirámide. Gamio acusó a Batres de atravesar monumentos con las vías férreas y de haberlos dañado. Lo cierto es que el tiempo de que Batres dispuso para limpiar todo el sitio fue escaso.

Batres argumentó que no conocía la existencia de los basamentos, pues solo se dedicó a descubrir la pirámide del sol y templos cercanos.²⁷⁰ Podía no haber sabido de esos basamentos, pero también pudo haber supuesto que algunos vestigios habría al lado de una pirámide tan magnífica como la del sol. Sólo que no debe haber considerado

²⁶⁸ Batres, “Algunas rectificaciones”, 1997, p. 328.

²⁶⁹ Gamio, *La población del valle*, 1922, p. 109-110.

²⁷⁰ Batres, “Algunas rectificaciones”, 1997, p. 330.

importante explorar esos terrenos porque en aquella época, en México como en otras partes del mundo, se priorizaba la conservación de los basamentos mayores.²⁷¹

El hecho de que Batres haya priorizado los grandes basamentos y haya atravesado con las vías del tren algunos de los pequeños, le ganó una ola de críticos posteriores. Ignacio Bernal, gran arqueólogo contemporáneo a nuestra época, es menos duro en sus reproches a Batres. Considera que, en nuestro tiempo, puede ser fácil criticar los procedimientos del inspector de Monumentos Arqueológicos, pero Batres era “un autodidacta [que exploraba] desconociendo toda técnica y todo estudio serio”.²⁷² Es verdad que Batres había estudiado en Francia –aunque antropología, no arqueología–, pero sus conocimientos escolares sobre excavaciones eran escasos y, más bien, aprendió en la práctica. Por esta razón Bernal se refiere a Batres como el autodidacta que, en muchos sentidos lo fue, y que explica muchas de sus fallas en el momento.²⁷³ Manuel Gamio, por su parte, es considerado el “padre” o el “precursor de la arqueología científica en México”.²⁷⁴ Gamio tuvo otra formación, primero en el Museo Nacional; luego en la Universidad de Columbia y en la Escuela Internacional de Arqueología. Gamio estudió arqueología científica.²⁷⁵

Víctor Hugo Bolaños explica que la enemistad y diferencias de trabajo entre Batres y Gamio estuvieron mediadas por circunstancias políticas en las que estuvieron inmersas sus carreras: la de Batres bajo el porfiriato, la de Gamio en plena revolución y posrevolución mexicana. Leopoldo Batres fue uno de los funcionarios del régimen de Porfirio Díaz, mientras Gamio estableció lazos con los jefes revolucionarios Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, aun si su estancia en las esferas del poder como subsecretario de Educación fue efímera.²⁷⁶

A pesar de las diferencias en la manera de entender el trabajo del arqueólogo, Batres y Gamio vivieron exigencias cercanas por lo que toca a las coyunturas en que cada uno exploró Teotihuacán. En 1905 los trabajos de Batres en la pirámide del sol y otros monumentos

²⁷¹ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 86.

²⁷² *Ibid.*, p. 17.

²⁷³ *Ibid.*, p. 17-19.

²⁷⁴ *Ibid.*, p. 18.

²⁷⁵ Bolaños, “La arqueología como ciencia”, 2007, p. 38.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 40.

fueron escenario para la celebración del primer centenario de la independencia mexicana; en 1921 Gamio vivió una situación análoga: en el marco del centenario de la consumación de la independencia, bajo el gobierno del general Álvaro Obregón, Teotihuacán volvió a ser escenario de celebración. Esta vez los trabajos de descubrimiento estuvieron a cargo de Manuel Gamio, quien exploró y abrió a la vista del público la Ciudadela y el Templo de Quetzalcóatl. Los monumentos arqueológicos descubiertos por ambos personajes con diferencia de tres lustros fueron adoptados, desde su presentación, como elementos centrales de una historia con la que se construía una identidad nacional mexicana.²⁷⁷

Las controversias que Leopoldo Batres sostuvo con Chavero y Gamio solo fueron el principio de una ola de críticas a su trabajo, aunque también fue sujeto de nuevos reconocimientos. Con la fundación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) surgiría, por ejemplo, un nuevo cuestionamiento. En 1947 Rémy Bastián, estudiante de arqueología en la ENAH, presentó una tesis que hacía un análisis riguroso del trabajo del antiguo inspector de monumentos. Bastián retomó los debates que Batres había sostenido con Chavero, Gamio y Marquina para insistir en que entre 1905 y 1910, el inspector de monumentos había reconstruido la pirámide del sol. Pero agregó un agravante a su fuerte crítica: planteó que Batres había utilizado dinamita sobre la pirámide misma para terminar más rápido el proyecto de exploración, con la destrucción que eso había conllevado.²⁷⁸ A partir de lo planteado por Bastián, el prestigio de Batres estuvo aún más en cuestión.

El arqueólogo Eduardo Matos ha retomado el tema del uso de dinamita en Teotihuacán,²⁷⁹ sin embargo, no se ha podido comprobar que en verdad se haya empleado este método en la pirámide del sol. Lo que es cierto es que, en la época, e incluso décadas más tarde, en México se llegó a usar dinamita para descubrir grandes basamentos. Por ejemplo, en las excavaciones del sitio arqueológico de Santa Cecilia Acatitlán (Tlalnepantla, Estado de México), dirigidas en 1961 por el arqueólogo Eduardo Pareyón, se dinamitó el templo principal y tuvo que ser reconstruido desde cero.²⁸⁰

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 51.

²⁷⁸ Matos, “¿Usó dinamita?”, 2014, pp. 86-87.

²⁷⁹ *Ibid.*, p.87.

²⁸⁰ García, *Arqueología de Santa Cecilia*, 2016, p. 47.

Batres se convirtió en un personaje controvertido en la historia de la arqueología mexicana. En su momento sostuvo debates con Chavero, Gamio y Marquina. Otros arqueólogos retomaron las críticas que le habían sido hechas en su momento. Pero también recibió reconocimientos a su labor, no sólo en la época porfiriana, sino en años recientes, de arqueólogos tan respetados como Ignacio Bernal, quien reivindicó su trabajo arqueológico: Bernal fue el primero en reconocer que Batres había sido “el verdadero pionero de la arqueología en el centro de México”. Bernal sostuvo que Leopoldo Batres y otros especialistas habían inaugurado esta ciencia en México. Afirmó que, “dejando atrás teorías y polémicas estériles, se dedicaron al estudio minucioso, mediante la investigación completa de los materiales encontrados en los sitios”.²⁸¹ Efectivamente, Batres había dirigido excavaciones a gran escala y logrado del gobierno federal los fondos necesarios, situación inédita en la historia de la arqueología mexicana. Ignacio Bernal valoró su labor y le dio un lugar en la historia de la arqueología mexicana.

El resultado de las excavaciones de Batres permitió a México exhibir, por primera vez, en 1910, el esplendor teotihuacano ante el mundo. El arqueólogo se sirvió de los métodos y las técnicas disponibles en su época. Sus críticos le reclamaron errores en la labor de excavación y en la interpretación del significado de algunas piezas –así lo hicieron, en especial Alfredo Chavero y Manuel Gamio, quienes lo acusaron de no tener una “formación científica”. Lo cierto es que la labor de todos, la del “el verdadero pionero de la arqueología en el centro de México”, la del “precursor de la arqueología científica en México” y la de tantos otros menos visibles, pero también importantes, forma parte del avance de la arqueología mexicana y de su progresiva validación como ciencia entre el porfiriato y la revolución mexicana.

²⁸¹ Bernal, *Historia de la arqueología*, 1979, p. 141.

Conclusiones

La arqueología mexicana recibió un impulso muy importante durante el porfiriato. En esos años se llevaron a cabo las primeras exploraciones arqueológicas a escala monumental en México y se experimentaron algunos métodos para las excavaciones y estudio de las ruinas antiguas que inauguraron la arqueología científica en el país. En este periodo de la historia de México se puso de manifiesto una preocupación por situar el pasado prehispánico como parte de una historia nacional y presentarlo, a la par, como patrimonio inscrito entre las consideradas hasta entonces las grandes civilizaciones del mundo Occidental. Desde esta concepción, intelectuales y estudiosos mexicanos del pasado del país, con gran apoyo gubernamental, dieron vida a proyectos arqueológicos a gran escala. La obra pionera llevada a cabo con este espíritu fue la exploración de Teotihuacán (1905-1910), bajo la dirección del arqueólogo Leopoldo Batres.

En esta tesis estudié el proyecto de Batres para explorar Teotihuacán y la manera en que lo llevó a cabo. Lo hice con la mirada puesta en el desarrollo de la arqueología mexicana de la época, en el estatus científico que fue adquiriendo en esos años, así como en la relación que los proyectos y hallazgos arqueológicos de entonces tuvieron con la forja de un nacionalismo y una identidad nacional. Efectivamente, durante el porfiriato la arqueología adquirió la posición de una disciplina científica, con objetivos y métodos propios que respondían a la convicción de que los estudios arqueológicos eran el medio para acceder al conocimiento de las sociedades antiguas.²⁸² Asimismo, la valoración que acompañó al estudio de las ruinas del México prehispánico nutrió el proceso de consolidación de una historia nacional con una unidad propia y alentó el orgullo por un pasado remoto monumental.

Leopoldo Batres llevó a cabo dos exploraciones en Teotihuacán. Ambas revelaron los materiales de trabajo y las técnicas empleadas en la construcción de los edificios; también hicieron posible la recopilación de objetos que enriquecieron las colecciones del Museo Nacional y del museo de sitio. La segunda exploración, la llevada a cabo de 1905 a 1910 – parte de los festejos del centenario de la independencia en 1910–, puso además al descubierto

²⁸² Ibid., p. 18.

una estructura monumental: la de la pirámide del sol. Desde esta perspectiva, el proyecto teotihuacano bajo la dirección de Batres tuvo como uno de sus resultados la afirmación, a través de las pruebas materiales, de la grandeza de una civilización precolombina. Este hecho permitía a México proyectarse como una gran potencia arqueológica, a la par de otras regiones de gran tradición como Egipto o Mesopotamia.²⁸³

Las ruinas antiguas de México eran valoradas, desde tiempo atrás, por propios y ajenos. Pero por décadas se careció de apoyo para explorarlas y darlas a conocer. A inicios del siglo XX se dieron las circunstancias que favorecieron el trabajo arqueológico a gran escala. Desde el extranjero, hubo personajes como el duque de Lubat, que alentaron a autoridades mexicanas –en particular a Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública– a exhumar Teotihuacán, lo que consideraba una “verdadera Pompeya mexicana”.²⁸⁴ Los festejos del centenario de la Independencia de México parecieron al gobierno mexicano una magnífica oportunidad para presentarse ante el mundo como heredero de esa gran cultura antigua, a la altura de otras grandes civilizaciones del mundo occidental. Así se tomó la decisión de apoyar un proyecto como fue el de Batres: la exploración de 1905-1910 fue objeto de un inusitado apoyo político, material y logístico por parte del régimen. Esta coyuntura y este apoyo permitieron un desarrollo de la arqueología mexicana: dieron pie a la aplicación y desarrollo de técnicas de excavación como la estratigrafía, así como a la utilización de máquinas e instrumentos modernos, como el recurso del ferrocarril, tanto para el acarreo de escombros como para transportar pasajeros. Las exploraciones atrajeron a visitantes extranjeros, como el secretario de Estado norteamericano, Eliuh Root, y a su embajador quienes vieron en el rescate arqueológico de Teotihuacán una obra que denotaba un alto grado de modernidad por parte del gobierno mexicano. Reconocimientos como este era parte de lo que el gobierno mexicano buscaba con su magna obra.

El resultado de las excavaciones permitió a México exhibir por primera vez el esplendor teotihuacano ante el mundo. La apertura de la pirámide del sol para los invitados especiales del régimen con motivo del centenario de la Independencia mostró el éxito de los trabajos de Batres, los avances de la arqueología mexicana que había sabido apoyarse en los

²⁸³ Matos, “Se abren las puertas”, 2021, pp. 16-20.

²⁸⁴ Iracheta, *En busca de la Pompeya*, 2017, p. 65.

trabajadores locales y, a la vez, se había valido de métodos y técnicas modernas. En el camino, Batres debió vencer múltiples dificultades, entre las que se contó la resistencia de los dueños de las tierras que rodeaban la zona arqueológica de Teotihuacán. En el conflicto con los propietarios de los terrenos donde se ubicaba la zona arqueológica, el gobierno asumió su autoridad y emitió por primera vez una legislación exclusiva para solucionar el problema del usufructo de los terrenos de la zona arqueológica.²⁸⁵ Para continuar con las obras de descubrimiento de la pirámide del sol, utilizó el argumento de que la superficie de esos “terrenos eran parte de la riqueza arqueológica y patrimonio de todos los mexicanos”.²⁸⁶ Acto seguido, declaró zona de utilidad pública los terrenos que abarcaban los municipios de San Francisco Mazapa, San Juan Teotihuacán, San Martín Obispo, los barrios de Santa María Coatlán y San Sebastián.²⁸⁷

Además del conflicto con los propietarios, Batres también debió enfrentar la crítica de algunos de sus contemporáneos y de integrantes de una generación más joven de arqueólogos. Con ellos sostuvo polémicas en torno a sus métodos de trabajo e interpretación de resultados, en especial debatió sobre estos temas con Alfredo Chavero y Manuel Gamio. El enfrentamiento con Chavero tuvo lugar en los años en que Batres estuvo al frente de la Inspección de Monumentos, antes del inicio del descubrimiento de la pirámide del sol en Teotihuacán. Fue motivado por reclamos de falta de cuidado con la conservación de los vestigios, como la manera de haber llevado a cabo el traslado de la piedra del sol de la catedral al Museo Nacional. Chavero también cuestionó a Batres por afirmaciones que el historiador consideraba erróneas, como identificar al ídolo de Coatlinchán con Tláloc y no con su contraparte femenina, como consideraba que era el caso.

El enfrentamiento de Batres con Gamio fue posterior, pero daba continuidad a los viejos conflictos librados entre el Museo y la Inspección General de Monumentos por el control oficial de la arqueología.²⁸⁸ Las exploraciones en Teotihuacán fueron el sitio que sirvió, en muchos sentidos, para ventilar tales discrepancias. A partir de la caída del régimen

²⁸⁵ Nolasco, *La tenencia de la tierra*, 1962, p. 82.

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 83.

²⁸⁷ *Ibid.*, p. 82.

²⁸⁸ Gallegos, “Manuel Gamio y la formación”, 1996, p. 85.

de Díaz y la destitución de Batres de la Inspección de Monumentos, comenzaron las confrontaciones con Gamio, al menos las que se ventilaron de manera pública. El exinspector fue acusado de cometer graves errores en las exploraciones, es decir, de una mala práctica arqueológica.²⁸⁹ A este debate y a las pugnas sobre los lineamientos que deberían regir los trabajos arqueológicos, también se sumó el arquitecto Ignacio Marquina. El arquitecto había sido convocado por Manuel Gamio para formar parte de las exploraciones en la ciudadela y fue el encargado de realizar los registros topográficos y arquitectónicos, así como la liberación de los edificios en Teotihuacán.²⁹⁰ Batres fue acusado por Marquina de mala reconstrucción de la pirámide del sol, de falta de registro de los objetos descubiertos y de las pinturas, de ausencia de mecanismos de conservación de los frescos y de limpieza en el manejo del escombros, así como de destrucción de varios montículos con el paso del Ferrocarril Pirámides.²⁹¹

En este contexto, como parte de la construcción de un imaginario nacionalista cuya raíz se encontraba en las culturas prehispánicas y sitios arqueológicos, el Estado porfirista definió y trazó los límites de lo que sería la primera zona arqueológica de Teotihuacán.²⁹² Para preservarla, promulgó la Ley de Protección del Patrimonio Cultural, buscó así evitar que continuaran el robo y la destrucción que tantos daños habían hecho a las zonas de vestigios antiguos en el país.

El proyecto de excavación de 1905-1910 sentó las bases del papel del Estado en el financiamiento de proyectos arqueológicos y como tutor del patrimonio cultural, pues fue la primera exploración que se realizó con presupuesto público. Proyectos anteriores, de mediados de siglo, como los llevados a cabo por William Bullock, habían sido financiados con recursos privados. El Estado aprovechó las excavaciones para impulsar el nacionalismo y la identidad nacional. En este sentido, no cabe duda de que los festejos del centenario de 1910—incluyendo la exploración de Teotihuacán— sirvieron para dos fines: el afianzamiento de una identidad nacional y su expresión en un creciente nacionalismo mexicano y el

²⁸⁹ Gamio, *La población del valle*, 1922, p. 106.

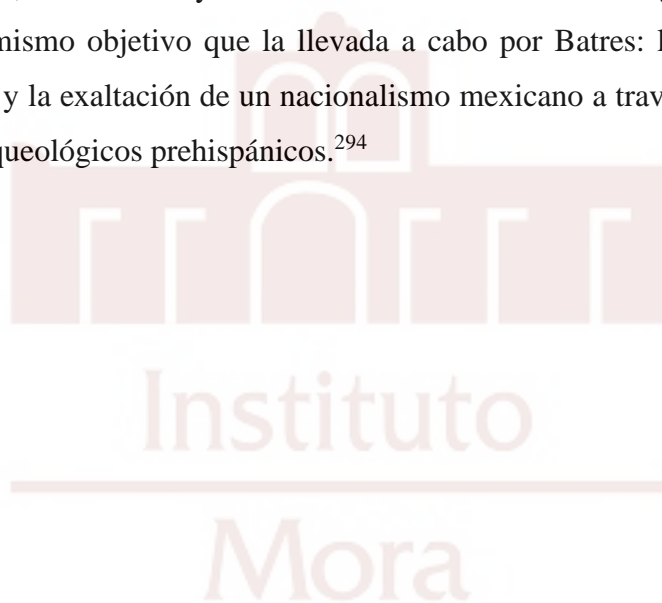
²⁹⁰ Marquina, *Memorias*, 1994, p. 29.

²⁹¹ Matos, *Historia de la arqueología*, 2017, p. 502.

²⁹² Gallegos, *Antología de documentos*, 1997, p. 30.

posicionamiento de México en el ámbito internacional como nación moderna y de larga y magnífica historia.

En adelante, tras la proeza de Batres, con todas las limitaciones que ésta pudo haber tenido, pero también con todos sus logros, el Estado mexicano se encargaría de financiar los proyectos arqueológicos y la protección del patrimonio cultural. Actualmente el sitio arqueológico teotihuacano forma parte de las fuentes de la identidad y el nacionalismo de los mexicanos, afianzados a lo largo de la historia de la arqueología mexicana. De esta manera, a la primera exploración de Leopoldo Batres en Teotihuacán, le siguieron otras más, tres de las cuales fueron de igual o mayor magnitud y trascendencia que la de 1905-1910: las realizadas en 1917, 1962-1964 y 1980-1982.²⁹³ Todas ellas sufragadas por el Estado mexicano con el mismo objetivo que la llevada a cabo por Batres: la producción de una identidad nacional y la exaltación de un nacionalismo mexicano a través de la recuperación de los vestigios arqueológicos prehispánicos.²⁹⁴



²⁹³ Matos, *Teotihuacán*, 2012, pp.11-12.

²⁹⁴ *Ibid.*, p. 12.

Fuentes consultadas

Archivos

Archivo Municipal de San Juan Teotihuacán AMST

Archivo Personal de Leopoldo Batres APLB

Hemerografía

El monitor republicano 1885

García Bravo, María Haydeé y Eric Taladoire, “Más allá de los archivos de la Comisión Científica en México. Las aportaciones de las bibliotecas y de los museos”, *Arqueología Mexicana*, núm. 138, 2016, pp. 78-85.

Schávelzon, Daniel, “La primera excavación arqueológica de América: Teotihuacán en 1675”, *Anales de Antropología*, vol. 20, núm. 1, 1883, pp. 121-133.

Schávelzon, Daniel, “La comisión Científica Francesa a México (1864-1867) y el inicio de la arqueología en América”, *Pacarina. Arqueología y Etnografía Americana*, vol. III, núm. 3, 2003, pp.75-87.

Walsh, Jane, “Máscaras teotihuacanas. De Teotihuacan a Filadelfia en 1830”, *Arqueología Mexicana*, núm. 64, pp. 62-64.

Bibliografía

Almaraz, Ramón, *Memoria de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca en el año de 1864*, México, J.M. Andrade y F. Escalante, 1865.

Batres, Leopoldo, *Teotihuacán la ciudad sagrada de los toltecas*, México, Talleres de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, 1889.

Batres, Leopoldo, *¿Tlaloc? Exploración arqueológica al oriente del Valle de México*, México, Gante, 1903.

Batres, Leopoldo, *Contestación a la dúplica del señor licenciado Alfredo Chavero en la controversia del monolito de Coatlinchán*, México, Imprenta de Fidencio S. Soria, 1905.

Batres, Leopoldo, *Teotihuacán. Memoria que presenta Leopoldo Batres al XV Congreso Internacional de Americanistas que deberá reunirse en Quebec el mes de septiembre de 1906, relativa a las exploraciones en las Pirámides de Teotihuacán*, México, Imprenta de Fidencio S. Soria, 1906.

Bernal, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1979.

Bolaños Sánchez, Víctor Hugo, “La arqueología como ciencia en México. Una mirada a la disciplina a través del conflicto Leopoldo Batres-Manuel Gamio en la historia de la arqueología”, tesis presentada para obtener el grado de Maestro en Filosofía, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

Bullock, William, *Seis meses de residencia y viajes en México: con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.*, México, Banco de México, 1983.

Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México: durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 1976.

Clavijero, Francisco Xavier, *Historia antigua de México*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985.

Chavero, Alfredo, “Historia antigua de México y de la conquista” en *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1953.

Delgado Rubio, Jaime, “Teotihuacán: problemas y conflictos en torno a su conservación e investigación”, tesis presentada para obtener el grado de Maestro en Arqueología, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

Gallegos Ruiz, Roberto, *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacán: Proyecto Historia de la Arqueología de Teotihuacán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1997.

Gamio, Manuel, *La población del valle de Teotihuacan*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1922.

García, Genaro, *Crónica oficial de las fiestas del primer Centenario de la Independencia Mexicana*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911.

González Gamio, Ángeles, *Manuel Gamio. Una lucha sin final*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

Humboldt, Alexander, *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Madrid, Gaspar, 1878.

Iracheta, María del Pilar, *En busca de la Pompeya mexicana*, México, Fondo Editorial Estado de México, 2017.

Keen, Benajmín, *La imagen azteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

López Luján, *Catálogo Esencial Museo Nacional de Antropología*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2011.

Maldonado-Koerdell, Manuel, "La Commission Scientifique du Mexique, 1864-1869", en *Memorias de primer Coloquio mexicano de historia de la ciencia: Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología*, México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1964, pp. 6-52.

Manzanilla, Linda, *Teotihuacán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.

Marquina, Ignacio, *Memorias*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994.

Matos, Eduardo, *Historia de la arqueología del México antiguo*, México, El Colegio Nacional, 2017.

Mena, Ramón, *La ciencia arqueológica en México desde la proclamación de la Independencia hasta nuestros días*, México, Imprenta de F. Díaz de León, 1911.

Nolasco, Margarita, *La tenencia de la tierra*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1962.

Pérez Soto, Adriana, “Arqueología y nacionalismo a la luz del discurso histórico mexicano, 1850-1910”, tesis presentada para obtener el título de Licenciada en Historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

Rodríguez Manzo, Verónica, “Historia de las exploraciones” en *Prácticas funerarias en la ciudad de los dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacán*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, pp. 23-67.

Rufer, Mario, *La nación en escenas. Memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*, México, El Colegio de México, 2010.

Trueba Lara, José Luis, *Teotihuacán Ciudad de Dioses*, México, FOEM, 2017.

Vela, Enrique, *Historia ilustrada de México. Arqueología*, México, Debate/CONACULTA, 2014.

